Ángel Salcedo Ruiz

CONTRA EL REGIONALISMO ARAGONÉS

CLÁSICOS DE HISTORIA 512

ÁNGEL SALCEDO RUÍZ

CONTRA EL REGIONALISMO ARAGONÉS

Diario de Barcelona
1918-1920

https://ahcbdigital.bcn.cat/es/hemeroteca/titulo/diario+de+barcelona

Selección y notas por José Javier Martínez

CLÁSICOS DE HISTORIA 512

ÍNDICE

Desde Zaragoza. El regionalismo aragonés. I.
17 de septiembre de 1918....4

Desde Zaragoza. El regionalismo aragonés. II.
25 de septiembre de 1918....7

Contemplando el Ebro desde el Puente de Piedra
29 de octubre de 1918....10

El regionalismo a la catalana en Aragón I.
25 de febrero de 1919....13

El regionalismo a la catalana en Aragón II.
4 de marzo de 1919....16

El regionalismo a la catalana en Aragón III.
19 de marzo de 1919....19

El regionalismo a la catalana en Aragón IV.
21 de abril de 1919....22

Hallazgo de documentos históricos
16 de septiembre de 1919....25

Un libro singular y un regionalismo singularísimo
24 de noviembre de 1920....28

ANEXOS

1. La herencia de Costa. Por Jaime Brossa
La Publicidad (Barcelona), 27 de agosto de 1918....31

2. Un artículo sobre la herencia de Costa. Por José Valenzuela La Rosa
Heraldo de Aragón (Zaragoza), 8 de septiembre de 1918....34

3. Zaragoza, la meca de la miseria Por J. Sacs
La Publicidad (Barcelona), 1 de agosto de 1918....37

4. A los aragoneses y a los que viven en Aragón Acción Regionalista de Aragón-Directorio
El Ebro. Publicación quincenal aragonesista (Barcelona), 20 de enero de 1919....40

5. Por mi Aragón. Por Almogávar
El Ebro, publicación quincenal aragonesista (Barcelona) 5 de mayo de 1919....43

Desde Zaragoza. El regionalismo aragonés. I.

17 de septiembre de 1918

El mejoramiento urbano y la mayor animación que nota en Zaragoza quien la conoció en 1898 y vuelve a verla en 1918, son indudablemente un efecto natural del aumento considerable de la riqueza. La causa inicial de este incremento es, sin duda, el cultivo de la remolacha. Poco antes de salir de Madrid, un joven y aventajadísimo ingeniero agrónomo se lamentaba conmigo de lo poco que se hacía en la granja agrícola a que había sido destinado. Y como yo le dijese que poco más o menos debía suceder lo mismo en casi todas las granjas, me replicó con viveza: "Eso no, muchas de ellas, las que funcionan en comarcas donde hay espíritu de iniciativa y deseo de adelanto en los agricultores, contribuyen eficazmente al fomento de la riqueza general."

Me contó varios casos, y añadió: "El más señalado, el que basta para justificar la existencia de las granjas y la actuación de nuestro cuerpo es el de Zaragoza. En aquella granja fue donde el ingeniero señor Otero estudió y resolvió prácticamente el punto del cultivo de la remolacha, y de allí salió esa transformación progresiva, ese aumento de riqueza que es el mayor progreso de la agricultura española en estos últimos tiempos, de que se aprovechan varias regiones, pero muy especialmente Aragón. Del cultivo de la remolacha se ha derivado la industria azucarera, y ha provocado ese cultivo la necesidad perentoria del riego, originando la realización práctica de lo que llamó Costa *política hidráulica*, tan beneficiosa para todo. Créame usted, la *política hidráulica* debe más a nuestro sabio y modestísimo Otero que a Costa, por más que el nombre de éste sea el que suene fuera de los profesionales."

Efectivamente, no he oído ni leído en los días que aquí llevo el nombre de Otero, persona muy simpática y respetable a quien he tenido el gusto de conocer, años atrás, como veraneante en El Escorial, y, en cambio, me he persuadido de que el *León de Graus*, como se llamó a Costa, y él gustaba llamarse, según cuenta Pío Baroja en su último libro autobiográfico, conserva un inmenso prestigio en Aragón: es siempre el fundador de la *Liga de Contribuyentes* de Ribagorza, y de la *Cámara agrícola del alto Aragón*, el alma de la *Asamblea de Barbastro*, en que proclamó la *política hidráulica*, y del mitín de Tamarite, en que pidió la construcción por el Estado de los canales de riego de Aragón y Cataluña, el apóstol de *la política de calzón corto*, etc. Un incidente periodístico de estos días lo acredita, así como da mucha luz para entender el actual sentido regional de Aragón.

En *La Publicidad* de Barcelona, apareció un artículo[1], firmado por Jaime Brossa; según Brossa, después de la pérdida del imperio colonial en 1898, dos motivos nacionales inician la nueva era en que nos hallamos: uno es *el motivo lírico de Costa*, y otro el *motivo dramático del catalanismo político*. El de Costa es un ideal más noble, más generoso que el del catalanismo; pero Costa fracasó, no por culpa suya, sino de Aragón, que no estuvo a la altura del grande hombre. Hoy Cataluña recoge la herencia de Costa, repudiada por su tierra nativa, y los saltos de agua del Ésera, denunciados por aragoneses, son cedidos a *La Catalana*, esto es, la *política hidráulica* del maestro pasa de Aragón al vecino Principado.

Este artículo, que no debe de ser, o que quizás no sea obra de catalán sino de aragonés[2]—de los aragoneses residentes en Cataluña que han iniciado la idea de la asamblea de Graus, convocada para el 8 de este mes, y que no sé si se ha verificado, con objeto de fundar una *Agrupación de*

1 Véase Anexo 1.

2 Se equivoca el autor. Jaime Brossa y Roger (1875-1919) nació y murió en Barcelona. Fue un periodista, dramaturgo y agitador político de carácter más o menos revolucionario.

acción regionalista aragonesa, ha indignado al *Heraldo de Aragón*, el diario local más leído en Zaragoza, que le dedica una viva réplica en editorial suscrito por J. Valenzuela La Rosa (8 de septiembre)[3].

Jamás pueblo alguno —escribe el Heraldo— ha sentido veneración igual por un hombre, ni se ha compenetrado tan íntimamente con el espíritu de su caudillo, como en el caso de Costa y Aragón. La política hidráulica, predicada por el maestro, no iba enderezada al aprovecharaiento de los saltos de agua como fuerza motriz sino al regadío, y en este sentido el Ésera, por obra de ingenieros y capitalistas aragoneses, vierte su caudal en el canal de Aragón y Cataluña, y ha convertido cien mil hectáreas de tierras de secano en espléndida huerta; si ahora se han cedido a *La Catalana* los saltos de agua, es porque en Aragón sobra la fuerza hidráulica, y no hay bastantes industrias para emplear de repente cincuenta o sesenta mil caballos; ha sido, pues, obra de buen comerciante vender la mercancía superabundante. Por último, el articulista del *Heraldo* consigna que, aparte de *La Catalana*, las dos grandes empresas que se dedican en el Principado a la explotación de los saltos de agua son extranjeras: *La Energía Eléctrica*, fundada por un grupo francés y *La Canadiense*, y que en *La Catalana* hay capital y directores aragoneses.

En lo que convienen Brossa y Valenzuela es que falta en Aragón *la unidad moral* que existe en Cataluña. ¿A qué clase de unidad moral se refieren? A mi modo de ver, a la unidad moral del regionalismo. Aragón —no hay que dudarlo— es una región dentro de la Península con caracteres típicos que distinguen a sus naturales del resto de los españoles. Tiene que haber, pues, un regionalismo aragonés, o sea un sentimiento natural de regionalidad; pero este sentimiento es harto menos vivo que en otras regiones, especialmente Cataluña y Galicia. Y es menos vivo porque le falta la nota diferencial suprema de un idioma propio. Los aragoneses hablan y han hablado siempre en castellano como los castellanos viejos y nuevos, como los leoneses, murcianos, andaluces y extremeños. Verdad que en la Edad Media hubo un dialecto aragonés en que fue escrito algún poema del mester de clerecía, y que aun en el siglo XVI admirábase Lope de Vega de la corrección castellana de los Argensola, y decía de ellos: *han venido de Aragón a enseñar el castellano*; pero este dialecto nunca pasó de la categoría de tal, y jamás fue tan pronunciado como el de Extremadura, en que escribió parte de sus versos Gabriel y Galán, o el de la huerta de Murcia, elevado por Vicente Medina el rango literario. Los aragoneses hablan y escriben, en castellano, con sus modismos, con sus provincialismos o regionalismos; pero en puro y correcto castellano.

Y así ha sido siempre. Cuando Aragón daba nombre a todo el reino de las cuatro barras, era él la barra castellana del conjunto. Por eso, aun los Reyes de origen catalán, como Jaime I, Pedro III y Pedro IV, usaban el castellano para escribir a los Monarcas de Castilla y Navarra y a los moros de Granada y Marruecos. Pedro III prefería el castellano al catalán, y el infante D. Pedro hablaba en castellano con su padre, aun en Játiva, ciudad de lengua catalana, si lo toleran los regionalistas valencianos, sostenedores de la extraña tesis de que su lengua no es el catalán, ni siquiera derivada de éste. Y no habiendo habido nunca idioma aragonés, tampoco ha podido existir literatura aragonesa; los grandes e insignes escritores que han florecido y florecen en Aragón, pertenecen a la literatura castellana.

Observando serena e imparcialmente a este pueblo, sin otro deseo que el de enterarse de su situación moral, adviértese pronto que el regionalismo en cuanto signifique apartamiento de Castilla u oposición más o menos viva a la meseta central, aquí no arraiga ni florece. Zaragoza, y Aragón con ella, miran más a Castilla que a Cataluña. Se sienten más unidos a Madrid que a Barcelona. Lo cual no excluye el sentimiento admirativo por la mayor actividad para el trabajo y los negocios y para la defensa colectiva de sus peculiares intereses, que sería necio negar a los catalanes; pero este sentimiento de admiración no es exclusivo de los aragoneses, sino común a todos los españoles un poco enterados de las cosas en el momento actual. En Aragón, como en todas partes, tradúcese en algo como envidia. ¡Ojalá que fuéramos como los catalanes!... Pero no para actuar en el sentido que

---

3 Véase Anexo 2.

muchos o algunos catalanes, sino a nuestro modo. A cada paso se oye decir aquí: no somos catalanes, nuestro regionalismo no es como el regionalismo catalán.

Hay, sin embargo, algunos grupos de intelectuales que sueñan con un Aragón regionalista a la manera de Cataluña; pero no encuentran eco en la opinión general. A esta resistencia, formidable porque es la de todos, un poco festiva como cumple a un pueblo cual el aragonés, de intenso temperamento satírico, es a lo que suelen llamar *falta de unidad moral* en el regionalismo que aquí florece, y deberían llamarlo mejor, a mi jucio, falta de consistencia o de conformidad con lo que ellos pretenden.

El regionalismo natural y espontáneo en Aragón se reduce: Primero. Al amor a la tierra nativa que se reconoce y se siente una o comprensiva de las tres actuales provincias, y distinta de las limítrofes, lo mismo de Castilla que de Cataluña y Valencia: su prolongación fuera de las fronteras administrativas son la Rioja y la parte llana de Navarra. Esto amor a la tierra engendra en todos los aragoneses un sentimiento de solidaridad afectiva, los hace miembros de una gran familia y a la región como una casa grande de que la sala de recibo es Zaragoza. En las clases cultas a este sentir únase el del regionalismo histórico: los aragoneses están muy contentos de que su región haya constituido un reino tan glorioso y tan enaltecido dentro de España y en el mundo entero por sus tradiciones religiosas y políticas, por las proezas militares y por la libertad de que disfrutaron sus antepasados en la Edad Media, así como de que esta región haya sida tan fecunda en hombres insignes así en las armas corno en las letras, en el gobierno como en las bellas artes. En ninguno, al menos de los que yo he tratado, llega el romanticismo histórico ni a figurarse que en estos tiempos sea lícito soñar con una restauración del pasado desvanecido, ni a mirar por encima del hombro o con prevención al que no es conterráneo. En Zaragoza los forasteros estamos como en nuestra casa.

Y segundo. Al deseo de fomentar los intereses económicos regionales, lo cual, en su actual viveza es moderno y engendrado, sin duda, por la tendencia general de la época y por haber comenzado con éxito a recoger el fruto de tal fomento, o sea por el ventajoso cultivo de la remolacha y desarrollo de las industrias que se han derivado de él. En la esfera económica, como en todas, la dificultad del progreso está en comenzar, en sacudir la pereza, en salir del marasmo. Puesta la cosa en marcha, ella camina sola y arrastra en pos de sí a las gentes. Aragón ha dado esos primeros pasos, y va sintiendo ya la fiebre de los negocios agrícolas o industriales. Lo que necesita con mayor urgencia es agua, mucha agua para regar sus campos; ha visto ya prácticamente la transformación bienhechora que el agua produce, y este verano, con la prolongada sequía, ha sentido el inmenso peligro que corre de que le falte tan precioso elemento.

En estos instantes, el auténtico regionalismo aragonés es hidráulico. Me falta por decir a este propósito cosas que no caben en un artículo. Con la venia de los lectores, las dejaremos para otro día.

Desde Zaragoza. El regionalismo aragonés. II.

25 de septiembre de 1918

Para convencerse de lo que es el regionalismo aragonés, tal y como hemos intentado definirlo en nuestro anterior artículo, no hay cosa mejor que fijarse en los periódicos más o menos leídos en Zaragoza, y en el especial carácter de su prensa local.

Aquí se leen los diarios de Madrid, tanto y en la misma proporción que en Madrid mismo. Los de la mañana —*El Imparcial, El Liberal, El Debate*, etc.,— son leídos por la tarde, cuando llega el tren ómnibus que los trae; los de la tarde, por la mañana, traídos por el exprés y el correo. Como este pueblo vive en la calle, ora paseando, ora sentado en las innumerables mesas que los grandes cafés tienen instalados en las aceras, o en los casinos, de que hay dos antiguos, amplios y lujosíslmos —el de Zaragoza, vulgarmente llamado *el principal*, y el Mercantil—, puede observarse que nadie se queda sin leer su periódico madrileño, y, ahondando un poco más, que esta lectura no es meramente informativa, sino, por lo general, satisfacción o reflejo de las opiniones políticas de los lectores. En Aragón todos los partidos nacionales cuentan con adeptos y tienen organización e influjo.

Son vanos los intentos para poner frente a estos partidos otro regionalista o nacionalista aragonés de substancia doctrinal y de carácter exclusivo a semejanza o por el patrón del catalán. No encuentran eco fuera de ciertos círculos de intelectuales. Es natural: el aragonés contemporáneo más insigne en la ciencia, y también en las letras, es D. Santiago Ramón y Cajal. El gran histólogo y literato, en los preciosos *Recuerdos de su vida*[4] que ha escrito, y al apuntar el pueblo de su nacimiento, aragonés, paro perteneciente a la provincia de Navarra, dice que se alegra de esta circunstancia, o que por ella se explica —no lo recuerdo bien y no tengo el libro a la vista— el no haber sentido nunca el regionalismo en la medida que algunos españoles contemporáneos; «yo no he sentido más, añade, que a la nación española». En unos u otros términos, explicándolo éstos por haber estado mucho tiempo en Madrid, aquéllos por la educación recibida, unos, con más filosofía, por el carácter histórico de la región, otros, sin meterse en honduras ni buscar explicaciones, sientan todos rotundamente el hecho de que ellos son aragoneses y no catalanes y de que su amor a la tierra natal nada tiene que ver con el catalanismo.

—Mire usted —decíame un caballero muy distinguido—, si aquí alguna vez hemos hablado, o han hablado algunos, en lenguaje que pudiera sugerir la idea de un aragonesismo militante, es cuando nos enoja el gobierno no concediéndonos cosas que estimamos justas, y que de seguro concedería a Cataluña porque allí saben pedir haciéndose temibles. En seguida se nos pasa, sin embargo; porque no está eso en nuestro natural, y nunca, ni aun en los momentos de mayor irritación son todos, no es nunca la masa la que se abandona a las estridencias de lenguaje.

Ahora ha pasado un momento que me pareció iba a ser de irritación contra el gobierno central, precisamente contra el señor Cambó: la prolongada sequía, por fortuna interrumpida, y que, según cálculos prudenciales, ha costado a los huertanos más de quince millones de pesetas, ha hecho volver los ojos a las obras proyectadas del pantano de Reinosa, con el que se confía triplicar el caudal del Ebro, acopiándole otros dos ríos que aseguran a la vega de Zaragoza 65 metros cúbicos constantes por segundo y aumentarían su potencia en más de 180.000 caballos, todo por un coste calculado de veinte millones de pesetas. Acudióse al gobierno, y el señor Cambó contestó que ya se

4 Una selección en *Patriotismo y nacionalismos. Textos regeneracionistas*.

harán esas obras; pero no inmediatamente, que antes es menester concluir las comenzadas. La prensa local, órgano genuino en este punto de la opinión, se revolvió airada contra el ministro.

En *La Crónica de Aragón* leí un curioso artículo contra los políticos, y daba el nombre de políticos a todos los que forman parto de los sindicatos de regantes y de las corporaciones o entidades que habían reclamado sin ser regantes, o sea propietarios o cultivadores da las tierras necesitadas de riego. Recordaba que Pignatelli, el insigne promovedor del canal imperial, tenía tierras donde aquella empresa gigantesca había de producir directamente sus beneficios, como indicando que sin el interés personal no se despliega en las reclamaciones por interés público toda la fuerza necesaria. «No se hubiesen conformado tan fácilmente, decía el articulista, con las razones del ministro, a ser todos regantes.» La verdad es que nadie se conformaba, a juzgar por el alboroto simultáneo o unánime de los periódicos de la localidad.

De repente cambió de dirección el movimiento. Primero un poco misteriosamente, después a las claras, anunciaron los diarios que las fuerzas vivas de Aragón habían acordado construir el pantano de Reinosa por su cuenta. Se han celebrado reuniones y juntas, se ha redactado un programa, y la cosa marcha por lo menos en la esfera de los proyectos. No tengo conocimientos suficientes para juzgar si la obra es viable, si los elementos que coadyuvan a su realización tienen o no la potencia económica suficiente para llevarla a cabo, si tendrán la perseverancia correspondiente al entusiasmo actual; pero nada de esto importa a mi propósito, reducido al estudio del regionalismo aragonés. El hecho es que ahora por allí van los fervores regionalistas, y que asuntos de esta índole económica son los que agita de continuo la prensa local.

En Zaragoza son cuatro los periódicos diarios, o, por lo menos, los que alcanzan gran circulacion: *El Diario de Avisos de Zaragoza*, el más antiguo; el *Heraldo de Aragón*, que, según me dicen, es el que alcanza mayor tirada; *La Crónica de Aragón* y *El Noticiero* que es representante de las ideas católicas y el más leído por el clero y personas piadosas. En los días que vengo leyendo esta prensa, nada he visto en los otros contra la ortodoxia ni contra la moral. *El Noticiero*, es, además, germanófilo a la manera de *El Debate*; los otros tres simpatizan, por lo que veo, con los aliados. Aparte de estas diferencias, son muy semejantes los cuatro. Son todos muy leídos. He observado que por la tarde lo son más los periódicos madrileños de la mañana, aunque muchos se procuran algunos de los cuatro locales para conocer telegráfica o telefónicamente lo que ha pasado en la corte después de la salida del tren-ómnibus; por la mañana creo que se llevan la preferencia de lectores los diario locales.

Alardean éstos de independencia política, o sea de no pertenecer a ningún partido y de vivir exclusivamente del público: buena información política, artículos y versos recreativos, algunos de verdadera chispa y reveladores de ingenio no común, son las armas de que se valen para conquistar y mantener su clientela, además del cultivo del regionalismo aragonés entendido al modo que ya se ha expuesto.

Leyendo cualquiera de ellos, máxime leyendo los cuatro, se vive, no en Zaragoza, sino en Aragón. De todos y cada uno de los pueblos del antiguo reino publícase cuantas noticias, informaciones y crónicas son suficientes para conocerlos íntimamente, como si estuviese uno en ellos: nacimientos, matrimonios, muertes, reuniones de toda clase, cultos, accidentes, delitos. Hácese uno la ilusión de que es habitante de una inmensa ciudad, dilatada desde los Pirineos hasta los confines de Valencia y Cuenca, y de la que Zaragoza es el barrio central.

Tal es el regionalismo, por decirlo así, estático, y el que se siente sin explicarlo con sutiles razones, sino que se infiltra suavemente y que llega a dominar en el espíritu, interesándole como en cosa propia por lo que sucede en Calatayud o en Daroca, en Jaca o en Barbastro. Acaba uno por sentirse profundamente aragonés. Y como a nadie se arroja de esta familia, ni se le pone mala cara, como a todos se acoge con una benevolencia más bien cariñosa que cortés, como los gaditanos, v. g., encontramos aquí una calle dedicada a nuestro paisano D. Segismundo Moret y otra a nuestro paisano el Marqués de Casa Giménez, y se nos dice que no se puso el primar rótulo por ser Moret

político, ni el segundo por ser D. Carlos Giménez banquero, sino por haber sido ambos grandes amigos y bienhechores de Zaragoza, zaragozanos de adopción, redúcese uno pronto a proclamar a esta ciudad y región su tierra y pueblo adoptivos, sin renegar por eso de los naturales.

El regionalismo dinámico, activo y reclamador, redúcese a procurar el florecimiento de la región, con lo que tampoco puede dejar de simpatizar el forastero, máxime si es español. ¿A qué español no agradará mucho que este gran pedazo de suelo patrio, ya tan bello y tan rico, no lo sea incomparablemente más, y que todo el terreno sea convenientemente regado, y que los más variados intensos cultivas lo conviertan en un paraíso para los ojos y en fuente copiosísima de bienestar para sus habitantes? Una Cataluña rica, un Aragón rico, una Valencia rica, unas Castillas ricas, una Andalucía rica, una Galicia, una Cantabria y una Vasconia ricas, harán una España rica y poderosa, lo suficientemente fuerte para desenvolver todos los gérmenes de cultura y para defender con dignidad y decoro esta independencia, sin pensar nunca en atacar la de los demás pueblos.

Yo soy optimista, no puedo remediarlo. Y cuando veo lo que ha progresado esta ciudad de Zaragoza en veinte años, y me entero de que este progreso no es exclusivo de la ciudad, sino común a toda la región aragonesa, y cuando recuerdo que hace veinte años, al visitar yo por vez primera la capital de Aragón, creían muchos que había llegado la última hora de España, se fortifica más y más mi optimismo, mi fe o mi ilusión inquebrantable en el inmenso porvenir de mi patria. También al observar de cerca este regionalismo aragonés, tan sano, tan puro, tan fervientemente patriótico, y deducir de aquí que todos los regionalismos que se nos reflejan en Madrid como separatismos disfrazados, ariscos, sombríos, antinacionales, son sin duda como éste...

Contemplando el Ebro desde el Puente de Piedra

29 de octubre de 1918

Ofrece hoy Zaragoza un espectáculo imponente y hermosísimo, frecuente u ordinario en otras regiones del planeta, pero de que en nuestra Península podemos disfrutar pocas veces y en pocos sitios: tal es el del Ebro en la plenitud de su gloria y majestad, henchido de aguas, cubriendo todo su ancho cauce, caudalosísimo, hasta con oleaje como el mar. A trescientos sesenta y ocho kilómetros de su desembocadura, que dista ésta desde Zaragoza, no hay otro río en nuestra tierra que pueda compararse al Ebro; pero en estos momentos de crecida compite con los mayores y más famosos del mundo. En uno de estos instantes de plenitud debió de ser cuando un baturro castizo, enseñando el río a un forastero, exclamó en el colmo del entusiasmo:

—Ya lo ve... Es más grande que el mar.

—¿Que el mar? —preguntó asombrado el forastero.

—Yo no digo de ancho —repuso el baturro—, pero ¡lo que es de largo...!

La vista del agua corriente, y más en estas proporciones, no sólo emociona con su belleza sino que alegra el corazón, enciende el ánimo con una excitación de fuerza y poderío, y sugiere reflexiones de toda clase. Contemplando la rapidez con que corren las aguas, los filósofos y poetas ascéticos pensaron como Jorge Manrique que

Nuestras vidas sala los ríos
Que van a dar en la mar
    Que es el morir;
Allá van los señoríos
Derechos a se acabar
    Y consumir.
Allí los ríos caudales,
Allí los otros medianos
    Y más chicos.
Allegados son iguales
Los que viven por sus manos
    Y los ricos.

Si el río que se contempla es el Ebro, y el que lo contempla un español, y este español está algo enterado de las cosas pasadas, presentes y futuras de su patria, imposible no llevar el pensamiento por la dirección que inspiró a Menéndez Pelayo tantas bellas frases y aun más bellas ideas en la preciosa semblanza de Milá y Fontanals.

Por una parte que es éste «el histórico río que a toda la Península da nombre.» Un viajero griego del siglo VI antes de Jesucristo, nombra por primera vez —que nosotros sepamos— a *los iberos*, gente habitadora de las márgenes de este río. No podemos discernir hoy, si Scilax[5], como se llamaba aquel viajero, denominó así al Ebro por ser el río de los iberos, o a los iberos por vivir a orillas del Ebro. Lo positivo es que el nombre de Iberia, tierra del Ebro o de los iberos, ha sido

5 El llamado *Pseudo-Escílax*, obra de un navegante griego anónimo del siglo III a. de C., dice así al comienzo de su *Periplo*: «Las columnas de Hércules están una frente a otra, y separadas por un día de navegación. Más allá de las columnas de Hércules hay en Europa muchos puertos, factorías comerciales y atarazanas de los cartagineses. Los primeros pueblos que encontramos en Europa son los íberos, nación de Iberia, y el río Íber. Hay dos islas, llamadas Gades. En una de ellas hay una ciudad a un día de navegación de las columnas de Hércules. Después una ciudad helénica llamada Emporion, habitada por colonos de Massilia. El trayecto por la costa de Iberia dura siete días y siete noches.»

siempre sinónimo del de España, y que si en nuestra época deja de serlo, es porque los portugueses se empeñan en no ser españoles, aviniéndose en cambio, a ser iberos. No sólo, por tanto, a la Península entera sino a toda América central y meridional ha transmitido su nombre, varias veces milenario, este río que veo correr a mis pies desde lo alto del viejo puente de piedra. Y en nuestros museos arqueológicos, como antigüedades ibéricas son clasificadas aquellas que no son orientales, griegas, latinas ni árabes, esto es, las que podemos considerar como autóctonas, las más castizas de nuestra patria, el núcleo aborigen de la raza hispana.

Por otra parte, y como también hizo notar Menéndez Pelayo, éste es el río de nuestra unidad nacional. Nace en la Montaña de Santander, que es Castilla, corre por tierras castellanas de Burgos y Logroño, pasa por Navarra, cruza el reino de Aragón y va a desembocar por Cataluña. Los ríos, dice el geógrafo militar García Alonso, no son buenos para fronteras; las buenas fronteras son las montañas. Los ríos son, por lo contrario, lugares de comunicación y convivencia; las gentes estréchanse las manos a través de ellos, se detienen en sus márgenes y atraviesan la corriente a toda hora. No hay ciudad ribereña que no tienda sobre el río un puente, y que no se dilate por la otra orilla. Las montañas, por lo contrario, difíciles de atravesar e inhospitalarias, ponen verdaderos límites, a veces infranqueables, entre las gentes; nadie se para en sus puertos; todo el mundo va deprisa, y ansiando llegar cuanto antes a la otra llanura. En las cumbres no brotan poblados.

En el Ebro veo comprobada esta verdad. El río es ancho e impetuoso; pero yo, sobre este robustísimo puente de piedra construido hace centenares de años, soy dueño de ambas riberas. Zaragoza, como todas los ciudades grandes, dilátase a derecha e izquierda de la corriente, y sus vías más concurridas son los puentes. Tan Aragón es a la izquierda como a la derecha; si en vez de un río hubiese aquí una cordillera, no habría región aragonesa, sino dos regiones distintas, probablemente diversas en su modo de ser, quizás rivales o enemigas. Si esa cordillera se prolongara de mar a mar, España terminaría aquí, y sería Francia cuanto los romanos llamaron España citerior. Los habitantes de esos pueblecillos que veo tan cercanos, del mismo arrabal de Zaragoza que estoy tocando, hablarían en francés y tendrían tradiciones, costumbres y modo de ser franceses. Como no hay cordillera, sino río, España llega hasta los Pirineos, y tiene a entrambas orillas del Ebro sus regiones más florecientes y más activas.

Por desgracia nuestra patria es más rica en montañas que en ríos. Ya notó el P. Mariana que la falta o exigüidad de aguas dulces en nuestra Península es causa *de alguna fealdad*, y, además, de la incomunicación interior. Si en vez de tantas cordilleras como cruzan y recruzan el territorio nacional, tuviéramos media docena de ríos como el que estoy mirando, y si estos ríos tuvieran de caudal ordinario el que ahora lleva el Ebro, lo cual supondría grandes afluentes, recibiendo a su vez el tributo de otros muchos más pequeños, nuestra historia y nuestra situación actual, que es el resultado de la historia, serían muy diferentes de lo que han sido y somos. Seríamos, indudablemente, una gran potencia natural con doble o triple población de la que tenemos y una gran potencia política; porque la tendencia unitaria sobrepondríase avasalladoramente a la regional y toda España constituiría una sola y riquísima región. El mal de nuestra constitución geográfica radica en que abundan los montes y escasean los ríos.

Afortunadamente, vivimos en tiempos en que los progresos generales de la industria han hecho perder a los ríos la importancia excepcional que tuvieran como vías de comunicación interior, aumentando, en cambio, o haciendo más fácilmente aprovechable la que siempre alcanzaron para el riego, y dándoles una nueva: la de motores industriales. Para todo esto, nuestros ríos son suficientes, suficientísimos; pueden transformar gran parte del territorio en un vergel productivo y proporcionar al trabajo del hombre una fuerza extraordinaria. Con lo cual, bien puede afirmarse que estamos al principio de una nueva era histórica, y que la nueva era debe ser, tiene que ser venturosísima para España.

Conforta el ánimo en Aragón considerar el interés, el verdadero entusiasmo que inspiran estas obras hidráulicas, a que se halla tan íntimamente ligado el porvenir económico, base del político de

la patria. Es por todo extremo consolador ver que los periódicos regionales consagran a este género de asuntos atención preferente, que los hagan objeto de artículos editoriales y de crónicas, y oír en el casino y en los cafés hablar frecuentemente de canales, de pantanos, de saltos de agua, de lo que se puede segar, de lo que se debe acometer desde luego. No todo ha de ser guerra europea, política y filosofía. Proporcionar pan a los que no lo tienen, aumentar le riqueza del país, hasta embellecer las perspectivas, son fines dignos de la pluma del escritor, de los proyectos del político, de las nobles ansias del patriota y del sentimiento estético del artista. Son éstas, además, empresas de las que unen a los corazones, como los mismos ríos unen a los pueblos, de las que crean intereses, salvaguardia del orden social, de las que pacifican a los pueblos.

Aragón ha entrado de lleno en la *política hidráulica*, que dijo Costa. Y no porque Costa la predicase, sino porque ha probado sus frutos, porque sabe prácticamente lo que significa convertir tierras de secano en tierras de regadío, y cómo se pueden alumbrar baratamente hasta los pueblos pequeños y mover fábricas y molinos, sin necesidad del costoso carbón, con el aprovechamiento de la energía eléctrica que llevan los saltos de agua y las corrientes caudalosas. Hace muchos años que el Canal Imperial ha transformado en riquísima huerta, sólo semejante a las de Valencia y Murcia, vastos terrenos que antes únicamente rendían un producto insignificante. Y ese canal es un hijo del Ebro, una sangría hecha al gran río que contemplo, antes de su entrada en Aragón, y cuya falta no se nota mirando esta corriente anchurosísima.

Y como hace ya mucho tiempo que así sucede, considérase como cosa natural, y se oye decir a toda hora: «El Ebro pasa por Aragón sin rendir ningún tributo a esta tierra. Es preciso que lo rinda.» Y se piensa en el Pantano de Reinosa[6], obra relativamente barata y que ha de triplicar, por lo menos, este inmenso caudal de aguas.

Divaga mi pensamiento por las grandezas que a mi patria pueden traer este y otros proyectos da la misma clase. Complácese mi fantasía en que se reserve al Ebro tan brillante porvenir. Pero mis aficiones y mi sentimiento se vuelven a la hermosura incomparable de este paisaje, a los grandes recuerdos que evocan el río y la ciudad, y, sobre todo, a ese magnífico templo del Pilar, que refleja en las aguas sus cúpulas multicolores... A ese Pilar bendito que halló el Apóstol a orillas del Ebro.

6 «El embalse del Ebro fue construido entre los años 1921 y 1945, aunque no fue inaugurado hasta 1952. Para su puesta en servicio se anegó una fértil vega denominada La Rasa de Campoo, lo que supuso la inundación completa de los pueblos de Medianedo, La Magdalena, Quintanilla y Quintanilla de Bustamante; otras muchas localidades fueron inundadas parcialmente y tuvieron que ser reconstruidas a orillas del embalse. Las expropiaciones fueron realizadas en el año 1932, por la Confederación Hidrográfica del Ebro, durante la II República.» (Wikipedia)

El regionalismo a la catalana en Aragón
I.

25 de febrero de 1919

Recién llegado a Zaragoza[7] me apresuré a manifestar en el *Diario* mi primera impresión sobre el regionalismo aragonés; y en dos articulejos (15 y 25 septiembre 918) escribí que, a mi juicio, hay en Aragón mucho afecto a la tierra natal; sentimiento de solidaridad regional en cuanto que los aragoneses todos se sienten un pueblo, o, quizá mejor, una gran ciudad campesina cuyo barrio central y verdaderamente urbano es Zaragoza, en la clase culta entusiasmo por el pasado glorioso, y en todos vivo deseo de fomentar los intereses económicos de la región, singularmente los agrícolas, cifrados hoy en las obras hidráulicas; que, fuera de esto, en ninguna ciudad española es el natural de otras regiones menos forastero que aquí; y, finalmente, que el regionalismo a la catalana, sostenido por algunos intelectuales, no encuentra eco en la opinión, sino una resistencia formidable, porque es la de todos, y más que airada, pasiva y zumbona, propia del intenso temperamento satírico de un pueblo corno el aragonés.

No he dejado ni un solo día de observar este pueblo que me es extraordinariamente simpático, ni de procurar informarme de su modo de ser y de sus anhelos por lo que se refiere al regionalismo, preguntando a personas de toda clase y condición y leyendo cuanto se ha escrito sobre el particular. He visto confirmadas mis primeras impresiones, por lo menos en sus líneas generales, aunque sea menester añadir a lo escrito en septiembre notas explicativas y complementarias.

Es cierto que los aragoneses aman a su tierra y que todos se sienten aragoneses; pero no se ha de creer por esto que reine aquí el espíritu de fraternidad regional que hace a los asturianos y gallegos, por ejemplo, estimarse y ayudarse singularmente por el solo título de conterráneos. El aragonés ni para el afecto ni para el odio toma en cuenta la regionalidad, y de aquí, sin duda, que los forasteros no nos sintamos tales junto a ellos. Couviene advertir que, concretando a España, viene a ser esto una justa correspondencia, ya que en todas las regiones son ellos igualmente populares y bien queridos. «Hechos repetidos —ha escrito el novelista zaragozano Rafael Pamplona (semanario *Aragón*, 16-febrero-1914)— ponen de relieve la consideración que Aragón goza fuera de Aragón, la simpatía con que nuestra tierra es mirada por las demás regiones de España y hasta por los demás países del globo.»

—Es esto tan cierto —nos decía un respetable sacerdote— que en Madrid, donde yo he residido algunos años, anunciarse como aragonés es el mejor preámbulo para obtener la simpatía de todos; nosotros, colectivamente considerados, tenemos, como cada quisque, nuestras virtudes y nuestros defectos, pero fuera de Aragón y por los que no son aragoneses sólo se miran las que se tienen por virtudes típicas de la colectividad: la franqueza un poco ruda, el valor, la hombría de bien. No todos, por desgracia, somos así; pero a todos se nos atribuyen esas excelencias.

Los aragoneses corresponden queriendo por igual a los españoles de todas partes. Y, como dice Félix Lafuente (Aragón, id. id.), «nuestro pueblo es el más español, pero también el menos aragonés». A título de aragonés que ninguno espere la protección ni la admiración de sus paisanos. «Aragón —continúa Lafuente— siempre contó y cuenta con artistas de méritos indiscutibles, y alguno de ellos alcanzó fama mundial; pero todos, sin excepción, se vieron precisados a emigrar.

7 En julio de 1918 el autor, militar de carrera, fue nombrado Auditor de la capitanía General de la 5.ª Región, con destino en Zaragoza, donde permaneció hasta septiembre de 1919, cuando se trasladó a Barcelona desempeñando el mismo cargo en la 4.ª Región hasta marzo de 1920. (Cfr. Pablo Ramírez Jerez: *Ángel Salcedo Ruiz: Jurista, militar y académico de la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas*. En la *Revista Española de Derecho Militar.* Núm. 101, enero-junio 2014

porque en esta tierra más se protege al forastero que al de casa...» Y lo mismo piensan los literatos, los intelectuales, los sabios y los aspirantes a políticos. Yo creo que no se protege más al forastero que al de casa, sino que o no se protege a ninguno o se protege indistintamente por simpatía individual o por verse en el protegido condiciones de protector recíproco: el *de ut des* está muy desarrollado en la masa común de este pueblo, como en todos los de verdadero espíritu democrático.

De aquí que el *cunerismo* en política brote de un modo espontáneo y arraigue profundamente, cuando el *cunero*, o sea el candidato forastero, tiene partes o circunstancias para llevarse a la gente de calle. He visitado algunos pueblos del distrito de Caspe, por donde viene saliendo diputado, hace muchas legislaturas, don Ángel Ossorio y Gallardo, y me ha admirado el arraigo de su prestigio en la mayoría de los electores. No puedo creer que a todos ellos proporcione destinos o haga favores especiales el señor Ossorio; es, sin duda, que se ha impuesto por la simpatía personal, por su elocuencia, por las prendas que indiscutiblemente posee. Al alcalde de una localidad importante le pregunté: «¿Han entrado ustedes en eso de la autonomía municipal?» Y me contestó: «Sí, dice don Ángel que nos conviene mucho.» ¡Ningún escolástico de la Edad media hubiera pronunciado con más convencimiento el *dice Aristóteles*! Pocos días después, corrió el rumor de que Ossorio y Gallardo no estaba enteramente conforme con la tal autonomía. Volví a preguntar el alcalde: «¿Y que hay de la tal autonomía?» Y me contestó: «No sabemos... Parece que don Ángel no lo ve tan claro como antes.»

La misma autoridad tenía en otro distrito D. Gabriel Maura hasta las últimas elecciones generales en que lo derrotaron, a fuerza de dinero, según dicen. Repasando el tomo de *Aragón*, el semanario regionalista, correspondiente a 1912, tropiezo (21 marzo) con un artículo titulado *El Cunerismo*, que firma *Don Ramiro*; el artículo es contra Ossorio y Maura. «Yo no me opongo a Ossorio —dice D. Ramiro— por ser Ossorio, ni a Maura por ser Maura. Ni siquiera por ser conservadores. Yo me opongo a uno y otro por no ser aragoneses. Preséntense por Guadalajara, y me ofrezco a recomendar su candidatura... Pero mientras pretendan ser representantes de mi tierra, seguiré gritando y escribiendo: Ossorio y Maura, fuera, fuera de Aragón.»

¡Voz que clama en el desierto! El añejo artículo de *Aragón* es refutando el de otro periódico aragonés en que también se clamaba contra el cunerismo; pero se pedía una excepción de la regla general a favor de Maura y de Ossorio. Han pasado siete años, y, a pesar de la indignación aragonesista de D. Ramiro, sigue siendo Ossorio el diputado perpetuo e indiscutible de Caspe, y si no lo es Maura por el otro distrito, no es por ser cunero.

La tendencia regionalista a la catalana parece hoy mucho más amortiguada que hace siete años. Entonces tenía su periódico semanal y se trataba en serio de constituir el partido regionalista aragonés. Ahora carece de órgano periodístico y sólo funciona una Acción regionalista de Aragón. En el diario que aquí más circula, el *Heraldo de Aragón*, leo un artículo[8] (día 21), en que se niega la existencia del regionalismo aragonés, ni aun la posibilidad de que exista, porque no hay, dice, ideal colectivo, ni recursos económicos para ello: centenares de pueblos no podrían por sí solos sostener la escuela pública, ni los caminos vecinales; carreteras próximas a subastarse cuestan 600.000 pesetas los cinco kilómetros y algunas costaron 80.000 duros un solo kilómetro, lo cual excede a la capacidad económica de la provincia; las obras de los grandes riegos importan cientos de millones, y superan, por tanto, a la capacidad económica de la región. A lo que hay que añadir, según el articulista del *Heraldo*, la incapacidad administrativa de muchos pueblos que no pagan al maestro ni al médico, donde se talan brutalmente los montes públicos, y el cabilismo es tal, que, si pudieran distribuir el impuesto, recaería íntegra la carga sobre los enemigos políticos de los mangoneadores o sería instrumento de venganzas personales.

8 Luis Fatás: *El problema de la Autonomía. El Nacionalismo catalán y el Regionalismo aragonés*. En el *Heraldo de Aragón*, 21 de febrero de 1919, pág. 3.

Sin embargo, aun reducido a mínima expresión, aun sin hallar eco en la opinión general, el grupo regionalista persiste siempre. Ahora, como hemos dicho, denomínase *Acción regionalista de Aragón* y dio fe de su vida con un manifiesto: *A los aragoneses y a los que viven en Aragón*[9], publicado el 6 de diciembre último. Aboga en el manifiesto por el reconocimiento de la personalidad regional, constitución de la Mancomunidad, delegación en ésta por el poder central de las funciones administrativas de diverso desarrollo según las regiones (Obras públicas, enseñanzas profesionales, etc.), autonomía municipal, Derecho Civil aragonés con producción viva para irse acomodando a las necesidades nuevas de los tiempos, conexión de la capital regional (Zaragoza) con todos los municipios y comarcas del país, política agraria, creación de un Centro de Estudios superiores aragoneses, y preferencia de la defensa de los intereses de Aragón sobre todo otro interés de agrupación política, dejando en lo demás libre el criterio de cada individuo.

Más que el programa es notable la calidad de las personas que lo subscriben. Sobre todo la que figura como presidente del grupo, el catedrático de esta Facultad de Derecho D. Juan Moneva y Puyol[10], intelectual de buena cepa, sociólogo, jurisconsulto, filósofo, historiador, buen literato, hombre de originalidad de pensamiento y carácter, sistemático y tenaz en sus propósitos.

No creo que haya tenido el regionalismo aragonés definidor más conspicuo ni más activo y perseverante propagandista. Lo que no consiga él en este orden, no lo alcanzará nadie. Otros del grupo merecen también consideración y elogios. Uno de los secretarios es el joven abogado D. Francisco de Rivas y Jordán de Urriés, apellido que pregona la egregia estirpe aragonesa. Jordán de Urriés está convencidísimo del inmediato y seguro porvenir del regionalismo.

—Tendremos que aceptar el regionalismo —me ha dicho—, aunque no queramos. Cataluña por un lado, Navarra por otro, se van a organizar en seguida en regiones, y van a prosperar con el nuevo régimen por modo extraordinario. ¿Cómo hemos de quedar nosotros siendo una mancha en ese cuadro?

En mayo de 1912 escribía Arturo Campión: «El difunto Mañé y Flaquer[11] solía decirme que Aragón era un barranco centralista interpuesto entre Navarra y Cataluña. Mucha satisfacción me causa la noticia de que otras aguas más saludables se aprestan a correr por este cauce hasta ahora seco y duro como un guijarro.» ¿Correrán por fin esas aguas? Corran o no, conviene conocerlas. Yo lo he procurado, y creo haberlo conseguido en parte con las conversaciones interesantes y con los datos facilitados por Moneva y Rivas. Trato de comunicar mi conocimiento a los lectores del *Diario*.

---

9 Véase Anexo 4.

10 Véase *Política de represión y otros textos*.

11 Véase *El Regionalismo*.

El regionalismo a la catalana en Aragón
II.

4 de marzo de 1919

Escribía D. Juan Moneva Puyol (23 junio 1912): «Apareció en Zaragoza poco tiempo ha (14 enero id), un periódico nuevo; se llamó *Aragón*; planteaba por primera vez sistemáticamente, por primera sin interés de empresa, el problema del Regionalismo aragonés.» Antes habíanse hecho otras tentativas.

El mismo Moneva reconoce que no ya cuando Felipe V abolió los fueros políticos aragoneses, sino cuando Felipe II hizo ajusticiar a Lanuza, poco hubo que destruir; porque Aragón se había olvidado de sí; cada prócer, cada gobernante y cada intelectual reflejaban a Castilla (*Aragón*, 15 marzo 1914), esto es, que en el siglo XVI no existía ya regionalismo en esta región, a no ser en el sentido y manera que lo podemos observar hoy. Cervantes hacía notar que las grandes señoras de Aragón eran más llanas que las de Castilla; por lo demás, todo igual. Los Argensola forman con el riojano Esteban Manuel de Villana la escuela poética que fue denominada aragonesa, y la cual es considerada por muchos como una variedad de la salmantina; lo difícil en este juicio comparativo es señalar en lo que varían.

Ni en el siglo XVI, ni en el XVII, ni en el XVIII, ni en la primera mitad del XIX hubo aragonesismo, según Moneva. Gracián nada tiene de aragonés en sus obras, aunque naturalmente revele el temperamento regional. Aranda y Pignatelli sólo en eso lo revelan también. Unicamente Jordán de Asso fue reflexivo propulsor de la cultura aragonesa, tanto por ser aragonesa como por ser cultura. Donde hay que buscar la iniciación del regionalismo es en Borao, autor de «dos obras netamente regionales, el *Diccionario de voces aragonesas* y la *Historia de la Universidad de Zaragoza*; mas estos dos libros tenían de aragonés el contenido, no la intención futurista; el aragonesismo fue para Borao cosa de museo, que él veneraba como sabio, pero en cuya restauración jamás pensó como político, ni aun como sociólogo.»

Algo de inexactitud hay en esto. D. Jerónimo Borao y Clemente —nació el 21 de agosto de 1821 y murió el 20 de noviembre de 1878— catedrático y rector de la Universidad de Zaragoza y amante como pocos de ésta su ciudad natal y del antiguo reino de que es cabeza, no quiso trasladar nunca su residencia a Madrid, aunque sus correligionarios los progresistas brindáronle allá con tentadoras posiciones políticas, y no sólo dedicó a su región los trabajos literarios que cita Moneva, publicados en 1850-60, sino otros como *La imprenta en Zaragoza* (1860) y *Noticia de D. Jerónimo Jiménez de Urrea* (1866), y aun dramas tan de historia regional, cual *Los Fueros de la Unión* (1864) y *Alfonso el Batallador* (1868). Borao estaba convencido, cual muchos liberales de su tiempo, de que la Constitución de Aragón en la Edad Media había sido esencialmente progresista.

No era otra la idea de don Víctor Balaguer, correligionario y amigo íntimo de Borao. De 1854 a 56 se publicó en Barcelona *La Corona de Aragón*, que dirigía Balaguer y redactaba en la ciudad condal con dos colaboradores: Borao en Zaragoza y don Vicente Boix en Valencia. El lema de la publicación formulado por don Víctor era: *La corona de Aragón, como recuerdo, modelo y ejemplo de patrias libertadas; España liberal y regenerada como patria común; la unidad ibérica como idea y aspiración suprema*. Diversísimo era, seguramente, este regionalismo del actual; pero la diversidad era ideológica y no sentimental. En la esfera del sentimiento, que es el estimulante de las fórmulas doctrinales de antaño como de las de hogaño, igual por completo. Y por lo mismo, el desenvolvimiento en las tres regiones ha seguido una marcha paralela: en Cataluña el regionalismo progresista nunca se ha extinguido; en Valencia tampoco ha dejado de existir un regionalismo más o menos afín del sustentado por Boix en *La Corona de Aragón*; en el país que dio título a la Corona,

no tuvo aquella iniciación porvenir ninguno, ni nadie siguió a Borao ni el mismo Borao mantuvo la actitud que había tomado con Balaguer.

Desde Borao pasaron muchos años sin sucesos que mereciesen ser registrados por el panegirista del regionalismo a la catalana en Aragón. Señala únicamente las explicaciones de tres catadráticos de la Universidad que «produjeron —dice— la primera generación regionalista, que es mi generación: D. Pablo Gil y Gil, D. Ricardo Sasera y D. Roberto Casajús.» (*Aragón*, 22 marzo 911). No conozco las obras de estos profesores. De Gil, escribe Moneva «que dedicaba mucho tiempo a la historia de Aragón», y en ella, los hombres y las gestas resultaban más que retratos y narraciones, personajes homéricos y cuadros heroicos... Hasta los vicios académicos de D. Pablo eran aciertos regionalistas; jamás pasó, en sus explicaciones, de Carlos I, con que, si nos privó del bien de aprender Historia moderna, nos evitó el mal de conocer Aragón esclavo; lo último de sus explicaciones era la cooperación a la conquista de Granada, y que en tiempo de Carlos de Gante y de Aragón fue alzada nuestra Lonja.»

La cooperación a que parece referirse Moneva, es la de los aragoneses en la conquista de Granada. Realmente, para un cristiano, para un europeo y para un español, por aragonés que sea y aragonesista que quiera ser, tuvo la conquista de Granada aspectos más importantes que éste de la cooperación de los aragoneses. ¿Cómo sería la *Ilíada*, si Homero o los Homeros que la compusieron, no se hubiesen fijado mas que en la cooperación a la conquista de Troya de uno de los innumerables Estados de Grecia que concurrieron a formar el ejército de Agamenón? Quien así estudiaba los grandes acontecimientos históricos era el erudito de Orbajosa que nos presenta Galdós en *Doña Perfecta*; y así, después de muchos años de labor, llegó a establecer de un modo definitivo que a la batalla de Pavía no asistió ninguno, absolutamente ningún soldado natural de Orbajosa.

La Lonja de Zaragoza es, sin género de duda, uno de los más bellos monumentos de su clase que hay en España y fuera de España. Yo no me canso de admirar aquel hermosísimo salón de un arte que es todo armonía, encanto de los ojos y del espíritu; pero... véanse lo que son las cosas. Desde que me he enterado que se la ha puesto por remate o corona simbólica de una construcción didáctica de historia de España, y como lo más importante del reinado de Carlos V, el precioso monumento en sí mismo nada ha perdido para mí; pero no puedo contener la risa contemplando adonde nos llevan los prejuicios y los sentimientos infantiles, elevados al rango de principios... Me veo yo de profesor de Historia en Cádiz, mi querida ciudad natal, y diciendo a mis discípulos: «Alfonso X fue un Rey que mereció el título de sabio; pero todo ello nos importa muy poco. A nosotros, como gaditanos que somos, lo que nos interesa es saber y no olvidar nunca que la cruz dorada que lleva en lo más alto la custodia procesional del Corpus, es, según referencias, la empuñadura de la espada de aquel Monarca... Celebren los de otras tierras *Cántigas* y *Partidas*... Nosotros, gaditanos y gaditanistas, con nuestra Cruz de la custodia del Corpus tenemos bastante de Alfonso el Sabio.»

Nada de esto, sin embargo, vale nada aliado de esa tremenda enormidad de ser un bien para los aragoneses no conocer la historia de España de Carlos V acá, porque así se evitan el mal de conocer *Aragón esclavo*. ¡Ave María Purísima! ¿Cuál ha sido la esclavitud de Aragón? Si no Aragón, que no ha sido nunca esclavo, ni sus habilísimos y altivos naturales son capaces de soportar esclavitud ninguna, pudiera decirse eso del estado llano aragonés en los tiempos anteriores a Felipe II, cuando regían aquellos bárbaros fueros nobiliarios que permitían al señor *atormentar exquisitamente a sus vasallos*. En la época de la unidad nacional ni los nobles, ni los plebeyos de este reino; especialmente querido y respetado por todos los españoles, han dejado de estar en el mismo plano de libertad individual y política que los castellanos y demás naturales de España. Y siempre, como. ahora, los más populares en Castilla han sido los aragoneses.

Como lo fue Don Fernando el Católico, lo mismo como aspirante a la mano de Doña Isabel, que durante su matrimonio y después de enviudar. Atestigua Zurita este amor que le tuvieron los castellanos diciendo que después de la muerte de Felipe el Hermoso, era tal el deseo de que Don

Fernando volviese al gobierno que a presentarse en la frontera montado en una mula, esto es, sin aparato de fuerza, no habría hombre alto ni bajo en Castilla que no saliese a recibirlo. Los castellanos de la época nunca le consideraron superior a su gran Reina natural, Doña Isabel, ni la prefirieron con su afecto, y así el salmantino Juan de la Encina cantaba:

¡Oh Rey Don Fernando e Doña Isabel!
En vos comenzaron los tiempos dorados;
serán todo tiempo los tiempos nombrados
que fueron regidos por vuestro nivel.
Teneis él e vos, e así vos como él
con Dios tanta fe, que sus deservicios,
habéis destruido, e todos los vicios,
e alguno, si queda, daréis cabo dél.

En cuanto a ver en Don Fernando la más cumplida representación del hombre de gobierno, del director de naciones o rector de pueblos han competido aragoneses y castellanos; si Gracián lo ensalza por este concepto en *El Político* (1610), no menos Saavedra Fajardo en *Política y Razón de Estado*. Así como aragoneses y castellanos no han competido menos en admiración por Isabel la Católica.

Mas los propulsores del regionalismo a la catalana en Aragón parecen haber tomado sobre sus hombros la tarea de divorciar, o, por lo menos, de enemistar o desunir aquel matrimonio glorioso, a las cuatro siglos y pico de haberle disuelto la muerte, y se declaran curadores de Don Fernando... ¡El hombre menos necesitado de curatelas que ha existido en al mundo! Y se revuelven iracundos, y, lo que es peor, satíricos y burlones, contra su santa mujer y santa Reina de Castilla y Aragón.

Según nos cuenta Moneva, del centenario del descubrimiento de América nació el regionalismo aragonés. ¿Por qué? Porque «el estudio de los documentos ha demostrado ser falsa la leyenda de la venta de las joyas por la Reina para el equipo de la escuadrilla de Colón; sabemos hoy positivamente que para ese efecto adelantó Luis de Santángel, escribano de raciones de Aragón, 17.000 florines», lo cual nada quita a la gloria de Doña Isabel, que, como proclamó León XIII, «fue la que mejor leyó en la mente del preclaro descubridor.»

Muy bien está, sin embargo, que los eruditos aragoneses tengan singular satisfacción en saber que a su Corona o Reino cupo parte tan directa en el portentoso hecho, y que lo celebraran y enaltecieran en Memorias y discursos, como lo hicieron otros no aragoneses, verbigracia, el mallorquín D. Miguel Mir y varios escritores castellanos.

Lo que ya no nos parece tan bien, ni mucho menos, es que se tome de eso pretexto para escribir de Isabel la Católica en términos así: «Estaba ya relegado a leyenda el aria de las joyas no de Fausto, mas de Isabel de Trastamara...» Esto, francamente, será muy regionalista; pero muy poco aragonés porque no es español. Llamar a Isabel la Católica *Isabel de Trastamara* parece lo más adecuado para rebajar su estatura histórica... ¡Pero... tan Trastamara como Isabel era su marido don Fernando! Uno y otro descendían, y en el mismo grado, de don Enrique el II, conde de Trastamara!

El regionalismo a la catalana en Aragón
III.

19 de marzo de 1919

El aspecto histórico del Regionalismo es interesantísimo, y puede afirmarse que la tradición o historia mejor o peor interpretada —interpretada tendenciosamente por lo común— es su base fundamental. Hay regionalistas, o que por tales se tienen, para los que los antecedentes históricos nada significan, y que tratan de basar su doctrina en el doctrinarismo liberal de Pi y Margall; son los regionalistas de la izquierda: el hombre libre en el Municipio libre; el Municipio libre en el cantón —o región libre—; el cantón libre en el Estado o nación libre, etc. Estos regionalistas no son los auténticos o genuinos: todos ellos sustentan la autonomía municipal como anterior y constitutiva de la cantonal o regional, y conciben esta última como resultado de una libérrima asociación o federación de municipios. Por lo contrario, el regionalista verdadero admite la región a título de postulado histórico; la historia y no la voluntad de los hombres es la que ha creado Cataluña, Vasconia. Aragón, etc. Todas estas regiones nacieron en la edad media, y se aglomeraron en la moderna para constituir mayores Estados. El movimiento regionalista es en su origen y en lo esencial y característico de su desarrollo una reacción contra estas unidades mayores; tiende a la reintegración, en mayor o menor grado, de las unidades inferiores aglomeradas.

Respecto de Aragón, uno de los mas conspicuos regionalistas escribe: «La historia aragonesa y la historia zaragozana son muy cortas, aunque muy gloriosas; nuestra historia aragonesa nace con la Reconquista y muere alevosamente a manos de Felipe II. Lo demás que sigue de Felipe II hasta nosotros no es historia aragonesa, es historia de España, en la cual nosotros no hemos actuado más que de comparsas dirigidos por el Centro de Castilla.» (*Farandulerías y... armas al hombro*, por General Forniés—*Aragón* 10-marzo-912). Restaurar eso claro que en su esencia y de acuerdo con las mudanzas de los tiempos, es el objetivo del regionalismo aragonés, empresa genuinamente tradicionalista. No se dice tradicionalista del que trata de restaurar el modo de ser social y político de la civilización greco-romana; lejos de ello tal intento se ha tenido y tiene por revolucionario. El tradicionalismo es de suyo medioeval, y con razón; porque fue en los siglos medios cuando en iniciaron y comenzaron a desenvolverse las tradiciones de los pueblos cristianos. Los tradicionalistas creen que estas tradiciones sufrieron un cambiazo o una mistificación con el renacimiento del siglo XV y sucesos sociales y políticos a que dio lugar; aspiran a devolverles su sentido propio, a reanudarlas después de un paréntesis de cuatro siglos. Una de estas tradiciones ininterrumpidas o cortadas es la independencia o autonomía de las que ahora llamamos regiones y eran en la centuria décimo tercia reinos o principados.

De aquí que los liberales, aun los federalistas, no pueden ser regionalistas sino circunstanciales o inconsecuentes consigo mismos en cuanto sustentan el regionalismo. Los legítimos o auténticas regionalistas son los tradicionalistas, y todo regionalista en el mero hecho de serlo de veras, es tradicionalista en este punto, aunque no lo sea en otros. En las instructivas y amenas páginas de la revista *Aragón*, que me sirve de texto para mi estudio, no faltan los escritos de los regionalistas liberales; pero los que predominan son los otros. Y eso que no figura en ellas la prestigiosa firma de D. Salvador Minguijón, el insigne catedrático de Historia del Derecho español en esta Universidad y actualmente tan apreciado colaborador de *El Debate*. El señor Minguijón es hoy, a mi juicio, el mejor comentador, y aun cabe decir amplificador de la doctrina regionalista del Ilmo. Torras y Bages.

Es, en cambio, uno de los principales y más asiduos colaboradores de la revista el ya citado D. Juan Moneva y Puyol, no menos insigne catedrático de la Universidad y hoy jefe del grupo

aragonés regionalista. El señor Moneva no pertenece, como Minguijon, al jaimismo o al mellismo, sino que se atiene pura y estrictamente al regionalismo aragonés.

En una serie de artículos titulados *Regionalismo, tradición y democracia*, y contendiendo con loa regionalistas de la izquierda, expone D. Juan Moneva su doctrina fundamental. La libertad —nos dice— no es una conquista del Derecho moderno, sino una tradición medioeval. Democracia y tradición son conceptos concordantes; la tradición sólo por existir es democrática porque sólo aquella actuación que se consolida por el tiempo en la gran masa social tiene vida suficiente para perseverar a través de los siglos. La derecha regionalista no es continuadora del absolutismo centralista de los siglos del XVI al XVIII; lo son las izquierdas; la libertad política murió cuando se sindicaron los imperantes de las dos mayores monarquías ibéricas, cuando esos cetros y el de Navarra se juntaron en una sola mano, y no ha resucitado aun. El regionalismo es extraño a las cuestiones partidistas; pero por su naturaleza es tradicionista, religioso-confesional, monárquico y evolutivo.

Que el tradicionalismo se funda en la historia no quiere decir que sea fiel a la historia. Macaulay observa que, por lo mismo de ser tradicionalista el régimen político en Inglaterra, la historia inglesa ha sido sistemáticamente sofisticada para interpretarla de un modo favorable a los deseos y pretensiones de los partidos en cada época; la historia no se presta menos que la razón a tergiversar las cosas y a representarlas con la figura y el color que quiere el escamoteador hábil. Y es lo más notable que los escamoteadores hábiles de los hechos históricos son los primeros que suelen quedar convencidos de la verdad de sus juegos de manos. Porque no son embaucadores, sino embaucados por el deseo; ven sinceramente en el pasado lo que quieren ver.

La historia exclusiva de Aragón, corta pero muy gloriosa, como dice General Forniés, es también de las más obscuras y de las más insistentemente falsificadas. El más insigne de los modernos historiadores críticos aragoneses, D. Tomás Ximénez de Embún, ha escrito, en su *Ensayo acerca de los orígenes de Aragón y Navarra*: «Hasta el siglo XII, tres siglos bien andados después de haberse dado comienzo a la reconquista, no se trató de escribir de propósito la historia del reino navarro-aragonés...» Y refiriéndoae a la *Crónica de San Juan de la Peña*, primera historia general de Aragón «Elevar la antigüedad del Reino de modo que pudiera parangonarse si no rivalizar, con el reino castellano, y contribuir a la gloria y ensalzamiento simultáneo de su casa y reino fueron los objetos que se propuso llenar, con la erudición y crítica que eran de esperar de un autor de su tiempo y de sus circunstancias.»

Esta *Crónica*, sigue diciendo Ximénez Embún, no satisfizo cumplidamente «la aspiración de la vanagloria aragonesa»: había con sus reyes inventados hecho remontar la reconquista iniciada por García Jiménez en Navarra hasta suponerla coetánea de la de Pelayo en Asturias; pero la colocaba en Navarra, y los historiadores de Aragón la quisieron en su tierra. Esta fue la labor de varias generaciones de fantásticos escritores, cuyas malandanzas sintetiza con acierto Ximénez Embún, y a su libro remitimos a los que quieran conocerlas bien. Jerónimo de Blancas, el sucesor de Zurita en el oficio de cronista de Aragón, hizo de la historia de este reino una novela histórica.

Los regionalistas contemporáneos son los confirmadores de este género literario. Suelen partir todos del supuesto falsísimo de que Aragón no ha tenido historia sino cuando ha vivido separado de Castilla, o, mejor dicho, de todas las regiones occidentales: ambas Castillas, León, Asturias, Vasconia, Galicia y Andalucía. De aquí que arrojen despiadadamente de la historia aragonesa… ¡hasta los sitios de 1808! Hay que venir a Zaragoza para enterarse de que algunos aragoneses —muy pocos como es natural— rechazan la gloriosa defensa de la ciudad contra los franceses a título de no ser aquel episodio aragonés sino español. General Forniés se burla de la celebración del Cinco de marzo, Cuatro de agosto, Once de febrero y 29 de septiembre. ¡Qué confusión! El 5 de marzo está bien rechazado: es la fecha de una pelea entre carlistas y liberales en la primera guerra civil; lo mismo el 11 de febrero y el 29 de septiembre, que corresponden a la proclamación de la república y la revolución de septiembre; pero el 4 de agosto conmemora una de las luchas más gloriosas con los

invasores de 1808. Muchas citas podría hacer de animadversión al imperecedero recuerdo de los Sitios. Estos regionalistas lo rechazan porque allí no se peleó por Aragón independiente sino por España, y porque toda España lo celebra.

Con semejante criterio debieran rechazar también la devoción del Pilar, porque tampoco es aragonesa en el sentido que pretenden ellos, sino española. Allá, en Andalucía, muy lejos de aquí, nos enseñaban nuestras madres la tradición del Pilar, interpretando las palabras de la Virgen a Santiago de que no faltaría aquí la fe cristiana, no en concepto local (Zaragoza), ni regional (Aragón), sino nacionalísimo o españolísimo: que la fe no había de faltar nunca en España. Y no hay católico español de cualquiera provincia o región que al despediros para Zaragoza no os diga algo o dé algún encargo para la Virgen del Pilar. La Virgen en el orden piadoso, como los Sitios en el patriótico, los dos más preciados ornamentos y timbres de esta ciudad, son, al igual del Ebro, el río que da nombre a toda la Península, lo más español que hay aquí y a la vez, y por serlo, lo más regional, del verdadero y auténtico regionalismo aragonés, que consiste en preferir a todo la idea y el sentimiento de la Patria grande.

Hace poco dio en Zaragoza una conferencia el diputado tradicionalista don Víctor Pradera. Y cuando dijo que los aragoneses estaban dispuestos a sacrificar a su Aragón en aras de España, el entusiasmo del numeroso público aragonés rayó en delirio.

El regionalismo a la catalana en Aragón
IV.

21 de abril de 1919

Las falsificaciones tendenciosamente regionalistas de la historia aragonesa, sin duda profesadas y aun urdidas de buena fe por la sugestión del patriotismo local o amor a la tierra, no son muchas; pero resultan colocadas con arte en los puntos históricos estratégicos para que den base, o apariencia de tal, mejor dicho, a las pretensiones actuales que se sustentan.

En primer lugar, la reconquista iniciada en Jaca tuvo el mismo carácter y debe ser considerada igual en cuanto a su importancia y trascendencia que la de Covadonga, origen del reino de Oviedo transformado en reino de León y, por último, del conjunto de regiones de que fue cabeza Castilla. Esta tesis es falsa en absoluto; el hecho de Covadonga está establecido sólidamente por las crónicas del reinado de Alfonso III el Magno, así como que el reino fundado en Asturias a consecuencia de aquel suceso tuvo desde su principio el carácter de restauracion del destruido reino de los godos. En cambio, para ver lo que críticamente cabe admitir de los orígenes de Navarra y Aragón, tenemos el irrefutable libro del aragonés Ximénez de Embún citado en el artículo anterior.

Otro hecho es el de la igualdad de los reinos de Aragón y Castilla durante la Edad Media. Basta mirar un mapa de la península para persuadirse de la exigüidad del territorio aragonés, aun contando a Cataluña, Valencia y Baleares, con la del que constituía el aglomerado castellano. Es, además, notorio que cuando ambos reinos se hicieron formalmente la guerra, verbigracia, reinando en Castilla Pedro I y en Aragón Pedro IV, a los castellanos correspondía el invadir y a los aragoneses el defenderse o resistir, posiciones respectivas de los Estados mayores y menores en lucha abierta. Multitud de hechos indiscutibles nos prueban, por otra parte, la superioridad jerárquica que los Reyes de Aragón reconocieron frecuentemente a los de Castilla: en los primeros tiempos de la reconquista los obispos aragoneses y navarros acudían a la corte de Oviedo, y ¿qué significa el imperio de España por Alfonso VII?

Y nada lo acredita como las capitulaciones que precedieron al matrimonio de los Reyes Católicos. El señor Moneva trata de este punto maravillándose de que los castellanos que prepararon este famosísimo casamiento exigieran a Fernando V que se reconociera inferior a Isabel, que le besase la mano, etcétera. De lo que habría que maravillarse desde el punto de vista en que se coloca el insigne catedrático, es de que Fernando y los aragoneses accedieran a eso con tanta facilidad. Lo que sucedió realmente es que castellanos y aragoneses, al pactar las condiciones del consorcio, no hicieran sino acomodarse a lo que por tradición estaba establecido o reconocido entonces sin controversia ni protesta de nadie. Léase la magnífica historia de Fernando V por el aragonés Zurita, quizá lo mejor que tenemos en su género en España, y resaltará desde luego que aquel gran rey se consideró ascendido al pasar del trono aragonés al castellano, y descendido cuando por la venida de su hija con Felipe el Hermoso hubo de abandonar el reino grande por el chico, la corona por la coronilla, siendo desde entonces su aspiración el volver a la posición que había perdido,

Lo cual nada significa contra esta gloria ni aminora la veneración que profesamos todos los españoles a este reino aragonés. Mas otra cosa se debe considerar aquí porque es substancialísima. Una cosa es Aragón, reino separado de Cataluña hasta que el Conde de Barcelona Ramón Berenguer fue rey de él[12], y otra muy distinta lo que algunos historiadores modernos denominan confederación aragonesa-catalana, y que suele llamarse también reino de Aragón, o sea el

12 En realidad, nunca lo fue; el título regio perteneció a su esposa Petronila, la hija de Ramiro II.

conglomerado de Cataluña, Aragón, Valencia y Mallorca o Baleares. En el centro, norte y mediodía de la Península, Castilla que no es una región, sino dos (vieja y nueva o reino de Toledo), dio nombre a otro conglomerado mayor, y real y efectivamente con razón; porque las regiones castellanas, de que Andalucía y Extremadura fueron meras prolongaciones, dieron el tono y absorbieron a las demás; así en el idioma y literatura, verbigracia, si en los primeros siglos de la Edad Media los cantares de gesta y los poemas de clerecía escribíanse en castellano; pero para la poesía lírica se usaba el gallego o galaico-portugués aun por los mismos castellanos, luego hasta los mismos gallegos dejaron su idioma y escribieron en el de Castilla. Todas las regiones que obedecían al rey de Castilla, estaban castellanizadas.

En el reino o conjunto de reinos levantinos no sucedía lo mismo. Lo llamamos hoy en conjunto reino de Aragón, y así decimos, por ejemplo, que la marina aragonesa fue de las más importantes y en algunos períodos reina del Mediterráneo, y que Aragón tuvo una política mediterránea y que extendió su poderío por Levante a Italia y a Grecia; pero esto, muy exacto referido al conjunto de reinos, no lo es tratando del Aragón en sentido estricto: decir de Aragón en este concepto que tuvo poderío marítimo y política levantina es como si se dijera de Suiza. Castilla castellanizó a todas las regiones que se unieron con ella; Aragón, lejos de aragonizar a Cataluña, convivió siempre con ésta en las mismas condiciones que después del matrimonio de Fernando e Isabel.

Cataluña fue realmente la cabeza de los Estados que se unieron por el matrimonio de Ramón Berenguer y Petronila. Hijas de Cataluña y profundamente catalanizadas eran en la Edad Media Valencia y Baleares. Estas tres regiones marítimas hablaban la misma lengua, tenían la misma literatura, la misma propensión a las empresas mediterráneas, eran industriales y mercantiles. Aragón sin playas, y con menos comunicaciones con Francia que ahora por la fragosidad, de los Pirineos centrales, hablando y escribiendo en castellano, tomando parte activa sus magnates en la vida social y aun en la política de Castilla, era realmente un trozo de Castilla unido por los artificios políticos, con unión puramente personal, a Cataluña y Valencia. Como sucede ahora, el paso de la provincia de Zaragoza a la de Soria era inadvertido para el viajero, y los aragoneses se hallaban en su tierra en Toledo y en Sevilla, y había para ellos algo extraño en sur vecinos del Este.

Como ahora también debían de admirar a los catalanes por su mayor actividad para el trabajo y la acción, como los agricultores, y más si son pobres como eran entonces los aragoneses por ser toda su tierra de secano, admiran a los industriales y mercaderes; pero habían de tener, como hoy día, cierta recóndita prevención contra ellos.

Por eso el regionalismo en Cataluña, sostenido por el idioma y por aptitudes y hábitos distintos de los predominantes en el resto de la Península, es cosa natural e incontrarrestable en cierto grado; pero esa misma concepción regionalista, trasplantada a Aragón, no florece, aunque la cultiven con todo esmero entendimientos privilegiados; porque, como decía el P. Sigüenza de unos naranjos de Yuste plantados en el Escorial, *no les hace buen hospedaje la tierra*. La tierra aragonesa es parte de la gran meseta interior da la península, y sus habitantes son tan celtíberos como los castellanos.

En Cataluña para moderar o corregir las extremosidades del regionalismo hay que trabajar mucho; en Aragón, aun el regionalismo más moderado, el que sólo apetece una prudentísima descentralización administrativa, tropezará con insuperables dificultades de implantación, si es que alguna vez se impone de arriba abajo ese sistema como ley general de la Península.

Otro hecho, por último, que falsean los regionalistas aragoneses, de buena fe sin duda —conviene repetirlo— es el del gobierno de Castilla en Aragón. Según el señor Moneva, casarse D. Fernando y D.ª Isabel y quedar Aragón proscripto, gobernado por Castilla con un criterio asimilista igual al que nos hizo perder América, fue todo uno. Hay más: por poca estima a lo que no le costó trabajo adquirir, Castilla dejó perder las tierras ultrapirenaicas y mediterráneas que había Aragón aportado a la unión peninsular. ¡Qué modo de concebir la historia! Cuando esas tierras se perdieron,

esto es, en los reinados de Felipe IV y Carlos II, los gobernantes de entonces hicieron constar como una de las causas de la debilidad de España, que sólo les castellanos daban hombres y dinero para la guerra. Los aragoneses, abroquelados en sus fueros, decían que ellos no tenían nada que ver con aquellas tierras. Véanse sobra esto punto los *Estudios sobre el reinado de Felipe IV,* por D. Antonio Cánovas del Castillo; no las consideraciones más o menos recusables del historiador-crítico, sino los documentos de Simancas allí publicados.

Decir que Castilla ha gobernado a Aragón como a una colonia, es un colmo. Castilla no ha gobernado en Aragón de ningún modo, aunque la sede del gobierno general haya residido y resida en Castilla, no por ser Castilla, sino por ser el centro geográfico de la península. La corte o capital no ha sido antigua corte o capital castellana, sino una ciudad nueva creada a ese fin, Madrid que es un Washington español, y en esa ciudad no han predominado nunca los castellanos, sino una población *sui generis* formada por aluvión de todas las tierras españolas. También en esto los catalanes tienen sus razones para protestar: la lengua y la tendencia política sobre la industrial. No así los aragoneses, que hasta la época contemporánea no han tenido industria. Ni más ni menos que Madrid. La verdad es que no protestan poco ni mucho, sino que se avienen perfectamente con los hábitos de los que los regionalistas a la catalana de Aragón suponen fieros dominadores.[13]

13 Esta serie de artículos provocaron cierta polémica. Véase una dura respuesta en el Anexo 5.

Hallazgo de documentos históricos

16 de septiembre de 1919

En toda España ha tenido eco el hallazgo del archivo de Palafox en una librería de viejo, de Madrid... ¿Qué no se hallará teniendo paciencia en las librerías de viejo de Madrid?... y multitud de periódicos han registrado el hecho como venturoso e importante para la Historia de España, y, por tanto, para España, ya que la historia tiene una importancia excepcional para las naciones. ¡Felices los pueblos que no tienen historia! se ha dicho, y en cierto aspecto con alguna razón; pero los pueblos que carecen de historia, o por su insignificancia material, o por falta de ciertos elementos esenciales de superior vida colectiva, suelen carecer también de ser nacional.

El descubrimiento de los preciosos documentos fue anunciado en todos los diarios de Zaragoza, publicando la carta dirigida al alcalde de esta ciudad por el periodista D. José García Mercadal. Es éste uno de los aragoneses que más honran a nuestra profesión: en enero de 1912 figuraba como director propietario del semanario *Aragón*, en que se agruparon los principales regionalistas aragoneses, o los regionalistas a la catalana de aquí, como puede muy bien denominárseles. En diciembre de 1917, cuando apareció *El Ebro*, revista mensual de la unión regionalista aragonesa de Barcelona, era García Mercadal redactor de *La Correspondencia de España*, y desde entonces ha pertenecido siempre a la prensa madrileña. Últimamente ha publicado un libro, en dos tomos, de verdadera importancia, indudablemente destinado a futuras ediciones corregidas y aumentadas: *España vista y juzgada por los extranjeros* o sea recapitulación de los juicios críticos de autores no españoles en relaciones de viajes y obras análogas.[14]

Su carta al alcalde de Zaragoza, de que ha dado cuenta y extracto la prensa de aquí, publicándola íntegra *La Crónica de Aragón* (7 de septiembre), es una bella y cálida página de patriotismo españolista y amor a la ciudad natal. Cuenta en ella que, andando por las librerías de viejo, enteróse en una de ellas que el librero acechaba la compra del archivo particular del general Palafox, más de doscientos legajos que reflejan exactamente la vida del famoso caudillo de Zaragoza, sitiada por los franceses.

Era D. José Rebolledo Palafox y Melci, nacido en Zaragoza el 28 de octubre de 1775, esto es, treinta y tres años antes de los sitios, ingresando en la Guardia Real en 1792, que hizo la guerra con la república francesa, y fue para militares y paisanos desde que se inició el movimiento antifrancés, caudillo indiscutible de la resistencia, no habiendo intervenido después de la capitulación de la ciudad hasta su muerte, acaecida en 1847, en ningún acontecimiento militar ni político, comparable por su importancia con la admirable y admirada resistencia que dirigió, un hombre meticuloso que no tiraba un solo papel, conservando hasta los billetes de las diligencias en sus viajes por España; no despachaba ninguna carta sin quedarse con copia. En cierta ocasión, mucho después de los sitios de Zaragoza, estando en Madrid, enteróse de que la famosa Agustina, la heroína del Portillo, de que Benlliure ha hecho tan hermosa e ideal estatua, que campea en el mismo sitio donde disparó ella el cañonazo a que debe su gloria, encontrábase también en la corte, viviendo de pupila con una patrona llamada Doña Sebastiana, calle del Humilladero, número 2 y 3, 2.°, y, sin duda, fue a verla; porque apuntó cuidadosamente las señas, y aun la particular de que había un herbolario junto a la puerta de la casa, en el reverso de un cartel del teatro de la Cruz, y este cartel pasó a engrosar el número incalculable de papeles que formaban este riquísimo archivo particular.

El alcalde de Zaragoza ha hecho el debido caso de las revelaciones y gestiones de García Mercadal, y no menos el Ayuntamiento; ya está resuelto adquirir el riquísimo tesoro histórico, previa la información correspondiente, y es de creer que vengan pronto a Zaragoza los legajos en

14 En *Clásicos de Historia* hemos comunicado también su *Estudiantes, sopistas y pícaros*.

que hay cuanto pueda apetecer el más exigente, por lo que se refiere a la persona de Palafox, noticias interesantísimas de su familia, v. g., de su madre, que fue poetisa, y mucho para estudios nuevos sobre los famosos Sitios; contienen hasta unas observaciones acerca de los errores del Conde de Toreno, como historiador de la guerra de la Independencia.

Quizás algunos de ellos hayan sido corregidos por el general Gómez Arteche, que visitó muchos archivos oficiales y particulares para escribir su historia. Paréceme recordar que tenía relaciones con la aristocrática familia de Palafox, en cuya casa-palacio hallábanse todos estos papeles, hace poco tiempo, según una carta publicada en los diarios de Zaragoza por el distinguido archivero señor García-Arista, el cuentista de *Fruta de Aragón*, tan apreciado por los lectores de *El Debate*. Cómo los documentos han salido de aquella casa e ido a parar a la tienda de un librero de viejo, no lo sabe García-Arista, ni dicen que conviene ponerse a escudriñarlo.

De todas suertes, hayan sido o no utilizados estos papeles, seguramente que conservan todavía mucho inédito, no sólo para conocer interesantes pormenores de la *francesada*, sino para el aprecio de conjunto de aquel gran movimiento nacional, interesantísimo para el estudio psicológico de la España contemporánea. Las virtudes y los vicios, las cualidades y los defectos, hoy los mismos que en 1808, nunca se mostraron tan al natural como en la sacudida contra Napoleón, y muy especialmente en aquellos episodios culminantes de ella, cual fueron los sitios de Zaragoza.

No menor interés ofrece la psicología de los personajes que figuraron a la cabeza del movimiento. En los legajos de Palafox hay cartas y papeles de Escoiquiz, El Empecinado, Castaños, Morillo, del Pa-dre Boggiero, etc., y hay, sobre todo, muchísimo del mismo Palafox, desde sus libros de estudio, que escribió él a mano, y una autobiografía del mismo carácter, hasta sus contestaciones con los gobiernos constitucionales de Isabel II. Palafox era un espíritu muy de su tiempo, semejante por ello al del mismo Napoleón: hombres educados clásicamente; que componían la toga de su vida pública, para aparecer con decoro o con gloria ante sus contemporáneos y ante la posteridad. Todos tenían algo de lo que despectivamente se ha llamado luego *la pose*. Hay que convenir, sin embargo, en que era esta una *pose* noble: la moral entraba en ella por parte principal.

¿Y ha producido entusiasmo en Zaragoza el descubrimiento de estos papeles y su probable venida a la ciudad, para constituir la base de un museo-archivo de la guerra de la Independencia? Quisiera, dadas mis aficiones, poder contestar afirmativamente a esta pregunta; pero las interrogaciones hechas a muchas personas, no han sido para mí todo lo satisfactorias que hubiera yo deseado. Fuera de Zaragoza, la Virgen del Pilar y los Sitios de 1808, son las grandes cosas que aquí existen y hacen amada a la ciudad en todas las partes y comarcas de la península. Los modernos regionalistas aragoneses muéstranse devotos de Nuestra Señora del Pilar, aunque manifestando un concepto equivocado de tal devoción, en cuanto a su extensión geográfica: se figuran muchos de ellos que es una devoción regional.

En cuanto a los Sitios de 1808, encuéntranlos muy poco regionalistas; ni la defensa de Zaragoza fue cosa de los zaragozanos, sino de españoles de todas las provincias del reino, ni el ideal por que tan heróicamente se luchó y se murió con tanta gloria, fue la independencia de Aragón, sino la unidad de España, bajo reyes que, según esos regionalistas, eran amos y señores de Aragón, más bien que sus Monarcas.

Estas ideas, sin embargo, no son las que predominan, ni las que hacen mirar con indiferencia, y hasta con cierta manera de hostilidad, sucesos como el descubrimiento de los papeles de Palafox. Las inquietantes son las del 'individualismo moderno que, aun siendo igual en el fondo al de todos los tiempos, toma hoy una forma exclusivamente económica. Da pena, por ejemplo, que cuando se dice a un aragonés: «¡cuánta gente viene de toda España a ver a la Virgen del Pilar!», os conteste con tristeza: «Sí, ¡pero no sabemos explotar bien la devoción...» Análogo pesar produce cuando se pide para las próximas fiestas del Pilar, oír contestar: «Eso, que lo paguen los comerciantes, que son los que ganan con las fiestas.» Y que cuando se habla de los papeles de Palafox, se dibujen en los

semblantes agobiados, signos de incertidumbre sobre la ventaja positiva que puede reportar la posesión de esos documentos. Las minorías inteligentes tendrán que ser siempre las que dirijan, si no se quiere que la humanidad retroceda de un salto a la barbarie.

Un libro singular y un regionalismo singularísimo

24 de noviembre de 1920

Tres libros nuevos han venido a posarse sobre mi mesa, provocándome a la lectura con sus proporciones razonables —o tolerables para un lector moderno, que no lo es ni puede serlo de los venerables infolios de otras épocas— y más todavía con los sugestivos nombres de sus reputadísimos autores.

Los tres autores son catedráticos universitarios, uno de la Facultad de Medicina y los otros dos de la de Derecho. El primero es Ramón y Cajal, en cuyo elogio como histólogo, como investigador científico y como escritor sólo hay que decir una cosa: que es Ramón y Cajal. Los otros pertenecen a la Universidad de Zaragoza; pero en Madrid y en España entera se han dado a conocer como primates del orden intelectual y uno de ellos por los cargos que ha desempeñado, así como el otro por su asidua colaboración en *El Debate* y en varias revistas, *La Quincenal*, de Barcelona, entre ellas. Son don Salvador Minguijón y D. Juan Moneva, aquél que colabora en *El Debate*, y éste que fue director, o como se llame, de Pósitos durante el último ministerio Maura.

Los cuatro libros se parecen, por último, en no ser tratados orgánicos sobre un punto. determinado, sino colecciones de variados discursos acerca de diversos temas: el de Minguijón tiene más unidad, todas sus partes son artículos referentes a la cuestión social; los de Ramón y Cajal y de Moneva están constituidos por los que suelen ser denominados pensamientos más o menos comentados, o con más o menos extensión expuestos.

Entre los pensamientos de Ramón y Cajal y los de Moneva, aparte de la diferencia dimanada del mayor dominio del elemento expresivo o literario por el primero que llega a ser bajo su imperio tan dócil como bajo el cetro de Menéndez Pelayo y otros optimates del mayor fuste, hay otras provenientes de la distinta manera de concebir la vida social y política. Ramón y Cajal es siempre el hombre que se jacta en los *Recuerdos de mi vida*[15] de haber nacido en un pueblo que no se sabe bien si es geográficamente de Navarra o de Aragón, porque «así, dice, no me ha acometido nunca la tentación regionalista, y me he satisfecho siempre siendo español.» Buen español se manifiesta constantemente, y aun los mismos *Recuerdos* demuestran con cuanto cariño se vuelve a representar en la imaginación sus andanzas de niño en los pueblos pirenaicos y en Huesca, y sus andanzas de mozo en Zaragoza; pero su españolismo tiende, por lo menos en el orden intelectual, a más amplios horizontes, y se desenvuelve su pensar en el plano de la Universidad, que fue donde se movieron los grandes filósofos y se mueven hoy los profesores verdaderamente científicos.

Moneva, en su libro titulado *Primores ciudadanos* —rótulo que recuerda su filiación maurista — manifiéstase, no ya español, sino aragonés o, mejor dicho, aragonecista, o sea, regionalista de Aragón a la catalana y de lo más extremado del catalanismo. Tal es su más relevante significación en Zaragoza, donde pasa por el jefe, con pocos soldados, del aragonesismo catalán, que los aragoneses, a pesar de su carácter regional y de su gloriosa tradición histórica, ni siquiera comprenden.

Esto pone, naturalmente, a Moneva enfrente del medio en que vive —posición que, a nuestro juicio, agrada mucho a su temperamento intelectual, que es por esencia y potencia discutidor— y anima mucho las páginas de *Primores ciudadanos*. Incomoda al docto profesor que los aragoneses formen círculos fuera de Aragón regionales; pero no regionalistas. «Afirmarse aragonés, dice, es afirmar la personalidad de Aragón .y reconocer que es bueno robustecerla y ensalzarla, y,

15 Véanse algunos pasajes en Santiago Ramón y Cajal, *Patriotismo y nacionalismos. Textos regeneracionistas*.

reconocido eso, ya una lógica inevitable obliga a obrar siempre en consecuencia, y a luchar como fuertes contra los obstáculos que a esa aspiración se opongan.»

Enójase igualmente contra los que dicen profesar «un regionalismo sano»; por equivaler eso a tildar de insano el de los demás. Afirma con gracia que ese «regionalismo sano», debiera llamarse «regionalismo de bellota», aludiendo a los que toman café de bellotas y dicen: «yo tomo un café muy sano, que no ataca al corazón.» También contra los que llaman a su región «patria chica», porque nadie puede tener más que una patria, y contra los que publican que la aman «sin detrimento del amor a España»; «el amor regional no es veneno que requiera tomar, inmediatamente tras él, la triaca que haga inofensivos sus efectos». Y contra los que forman sociedades o agrupaciones aragonesas y usan la bandera española, porque bandera es distintivo, y lo que distingue dentro de España a los aragoneses es la bandera regional, así como contra los que han discurrido poner el escudo de la región en la bandera española, lo cual es ilegal y desacato al arte del blasón.

A verdaderos extremos llega Moneva por este camino. Dirige a Madrid él siguiente piropo: «Odiado Madrid, cuya más visible traza es la de estómago hambrón que confisca o destruye los bienes —riqueza, talento, virtud—, de los pueblos hispanos, tú tienes un aspecto por el cual mereces la veneración de todos: es la gente que cada día concurre a tus templos, gente de maciza piedad, que comulga, oye misa, reza, da limosna, y no desmiente con su porte exterior su fondo de buenas costumbres.» Pero ¡ay! esa gente piadosa madrileña, contagiada de centralismo, decreta suscripciones para obras, muy devotas y muy benéficas, eso sí, mas «que hacen succión en los bolsillos de todos los pueblos hispanos», o sea, que las señoras de provincias se pirran por enviar los cuartos a Madrid. Lo cual parece a Moneva muy mal; porque «si cada cual atendiese a las necesidades que tiene más cerca, no habría asilos, ni harían falta.» Y todo porque prójimo significa próximo. ¡Qué modo de achicar el segundo mandamiento de los dos en que se resume la ley de Dios!

Sin intención seguramente de hacerlo así; porque D. Juan Moneva es de los mejores cristianos que conozco. Tampoco debe conocer él a las muchas señoras piadosas de Madrid, y aun hombres., idem, que hacen con relativa frecuencia la peregrinación a Zaragoza para visitar a Nuestra Señora del Pilar, y algo dejarán para las obras pías de la ciudad heroica... Pero ¿quién va a Moneva con esto. pacientes argumentos?... ¡Si a él parece mal por lo visto «la paciente forastería», o sea la multitud de aragoneses que acude a Zaragoza por los días de la Patrona «a ponerse al corriente de la vida ciudadana», a visitar «en plebiscito espontáneo», «no una de las otras catorce ciudades del Reino», sino la que es capital de todas ellas. Por lo menos encuentra que toda esa gente forastera debe a Zaragoza muy poco, y que son estos forasteros los que contribuyen en gran parte a que Zaragoza tenga policía urbana, buenos edificios, un puente magnífico casi sin uso, y otro puente que aun es mejor: una plaza entera puesta sobre el Huerva que debía estar cubierto todo él en su curso por la ciudad, no sólo por cuestión de perspectiva, sino de higiene. ¿No valen nada la vida y la salud de los muchos millares de personas que viven en Zaragoza?

No hay que hacer por ésto ningún cargo al señor Moneva; en *Primores Ciudadanos* nos ofrece su pensamiento libre —con la santa libertad de que debe disfrutar cuando es aplicado a cuestiones de las que dejó Dios a las disputas de los hombres. En esto del regionalismo, el docto catedrático de Zaragoza llega sin inmutarse adonde le lleva el automóvil de la lógica. Ve en el catalanismo más extremoso el ideal de la vida colectiva, y entona un bello himno a la sardana:

«Salud, Sardana, baile representativo de una Sociedad, de una Cultura y de una Gentileza; fisonomía de una raza y de un pueblo.

»Salud, baile sin intuito sexual, cuyo contacto es sólo de manos amigas; amigas, no por el sexo, mas, si precisare, a pesar de él.

»Salud, baile espiritual, en donde la acción corpórea está reducida a lo menos posible; siempre la misma esencia musical, siempre el mismo corro; pero cada instante sobre música y corro, el espíritu de múltiples afectos, formas concordadas de un afecto mismo.

»Salud, baile primoroso, con mas primor del que aparentas, tú eres una lección a tanto vulgo cuyo lucir consiste en aparentar más primor que el que hace o tiene.

»Salud, baile solidario; el acierto de todos tus bailadores integran tu primor; en ti aciertos aislados nada sirven; llegar a ser buen sardanista sólo vale, ¡oh, ejemplo ciudadano! para integrar con aportamientos de acierto anónimo, una buena sardana.

»Salud, baile tradicional; tu larga historia contiene episodios de martirio; porque tú no eres una diversión, sino una afirmación de ciudadanía.

»Salud, Sardana, no te deseo que Dios te ensanche: magnitud es grandor, no grandeza. Sardana, así como eres, como eres ahora, te guarde Dios.»

A nosotros también nos conmovió la sardana la única vez que la vimos bailar, como nos ha conmovido la jota y nos conmueven siempre los bailes populares, los cantos y las fiestas, que son realmente afirmaciones de ciudadanía o, mejor dicho, de tradición y de raza que son elementos de la ciudadanía, aunque no puedan constituir la ciudadanía entera. En esto que llamamos patria entra y entrará siempre por mucho el pasado; pero no podrá nunca dejar de entrar también, y en grandes proporciones el presente. Otro catedrático de Historia solía decir a sus alumnos: «Estudiad mucho; porque, hijos míos, la historia es importantísima; pero no estudiéis, y yo os aprobaré sin dificultad, si estudiando habéis de caer en el error de que todo es historia en este mundo.»

El libro de Moneva, no a pesar de las extremosidades en que cae al tratar de muchos asuntos y materias, y de las singularidades que nos ofrece en otras, sino en gran parte por ellas mismas, es un libro sugestivo de los que no pueden dejar de leerse hasta el final, de los que hacen pensar y nos ponen sin querer a discutir con el autor. No hay página que no esté pensada y repensada. Y todo perfectamente escrito.

ANEXOS

1. La herencia de Costa.
Por Jaime Brossa

La Publicidad (Barcelona), 27 de agosto de 1918

El tejido del destino de las naciones ha escapado siempre a la lupa de psicólogos, filósofos e historiadores. El por qué una nación se hace grande o cae en la más espantosa decadencia es el tema de una gran literatura, pero ninguna teoría satisface al espíritu inquieto y escudriñador. La relación entre la marcha de los pueblos y la influencia de los grandes hombres adquiere el valor del misterio. El devenir de una colectividad se parece a una gran feria, a veces alegre, a veces triste como una danza macabra.

El amor patrio debería ser- el termómetro moral de las sociedades; por lo común, todo individuo nace con la comezón de ser feliz, incluso a expensas de la patria, hasta que una guerra, una revolución, una catástrofe nacional le recuerda que no tiene derecho a la felicidad, si se basa en el sufrimiento ajeno. Y cuando este sufrimiento se convierte en dolor general, entonces es cuando se pone en evidencia con gran plasticidad las cualidades de un pueblo. Para que esto se manifieste totalmente, se necesita un gran desastre.

Los futuros historiadores de España afirmarán sin duda con entera unanimidad que con el tratado de París, que liquidó el antiguo imperio español, empieza una nueva era para los pueblos hispánicos. La política kabileña de índole genuinamente española se portó como siempre: desesperadamente infame.

El preludio de la nueva era se inicia con dos motivas, uno melódico, hondamente lírico, el pensamiento, la voluntad, la actuación de Costa; otro armónico, intensamente dramático, y, como se diría en técnica musical, polifónico, eso es el levantamiento del catalanismo político.

El primero, tema de leyenda mosaica, nueva etapa de la Biblia de la decadencia española, llega a encarnar la indignación recóndita, alcanza la cristalización de la conciencia moral de la raza, sujeta a una disgregación parecida a la dispersión del pueblo judío. Porque no basta para que se consuma ésta el que un pueblo se vea privado de su territorio ancestral; hay pueblos que conservan el hogar solariego, mientras su espíritu anda diseminado por el mundo, sin hallar puerto ni abrigo.

Costa quiso reunir a las huestes desorientadas. Su caso resulta el eco desconsolador de aquellos esfuerzos de los grandes hombres de fines del siglo XVIII español que no pudieron galvanizar a un pueblo petrificado por muchos siglos de hambre, incultura y catolicismo.

Costa se halló solo porque no podía ser de otra manara. El rebaño no era digno del pastor. Su vida se eleva a la altura del símbolo. Mientras su espíritu profético, evangelizador, se esfuerza por dar al pueblo irredento un nuevo credo, un programa, una fórmula que le sirva de guía, su cuerpo, con la fatal usura de la materia, le reduce a rampar, como si la Naturaleza fuese celosa de los seres dotados de orgullo sobrehumano que ansían escalar el trono de los dioses.

De suerte que el San Pablo de la regeneración española no podía andar. Todo conspiraba para que España siguiera como antes, anticipando al ser vidente que cualquier lirismo apostólico que se sembrara en tierra española, estaba condenado a no germinar nunca.

La imagen de la decadencia la daba un Don Quijote con muletas. El universo se cerraba para él. El mundo volvía la espalda a España.

No es hacer ninguna ofensa a Aragón el proclamar que no estuvo a la altura de Costa, que éste era más grande que él. El hombre superior que mejor lo comprendió no fue escuchado por él.

El pensador que mejor exteriorizaba el alma de su pueblo, universalizándola, como tres generaciones antes hiciera Goya con su arte, fue un inactual, un inadaptado, un proscrito en su patria.

He decidido hacer un viaje a su país para hallar la sombra de Costa y aquilatar el grado de supervivencia alcanzado por su espíritu entre aquellos que tenían la misión de conservar su herencia. Graus ejerce una polaridad atrayente gracias al nombre de Costa y por ser la encrucijada donde se reúnen Cataluña y Aragón, estos dos hermanos enemigos. Graus os espera no lejos de la falda de un monte majestuoso, el Turbón, que preside con propio fuero a todos los panoramas que circundan la hospitalaria villa. Graus posee una fisonomía particular que le distingue del resto de Aragón. Se diría que posee las llaves del Alto Aragón y que la música del Ésera os invita a penetrar en la región abrupta, a gozar de la hospitalidad aragonesa, amenizada por la agudeza de sus mujeres robustas. El Ésera ha sido hasta ahora un río poético que corría por un lecho variado y caprichoso, en algunos sitios fecundando prados que embellecen la existencia de pueblos ariscos, en otros entre gargantas que intimidan al hombre. El Ésera ha adquirido su mayor edad desde que ha despertado la ambición de los modernos conquistadores, que llevados de la voracidad catalana han realizado en forma imperialista el sueño de la política hidráulica predicada por Costa. Según dicen los enterados de las sinuosidades de la política aragonesa en las últimas décadas, a Costa se debió el pensamiento inicial de la construcción del canal de Aragón, pero nadie me ha explicado, por qué nadie se acordó de él cuando se celebró la inauguración. Eso constituye una invitación a estudiar las causas profundas del divorcio existente entre Aragón y la personalidad y la obra del apóstol Joaquín Costa. Sugestionado por el país abierto a mi afán de emociones, no he podido en mis excursiones a aquellos pueblos construidos sobre peñascos como si odiaran las llanuras, no he podido, repito, entretenerme en buscar a «discípulos predilectos» de Costa, labor que dejo a un Rovira y Virgili, aragonés del porvenir, cuando se constituya la Mancomunidad aragonesa el año de gracia de 1940, es decir, dentro de veinte años.

Si Aragón hubiese aceptado el mensaje traído por Costa, ahora jugaría un papel paralelo al de Cataluña, con la sola e importantísima diferencia de que el ideal de Costa podía aplicarse a España entera, mientras que el catalanismo político, el ideal emanado de una colectividad, poseía un sello peculiar que lo hacía inadaptable al resto de España. En cierto sentido Costa tenía un carácter universal, humano, al par que aragonés y español, de que estaba desprovisto el catalanismo político de tendencia marcadamente económica.

Costa no se ocupó nunca de Cataluña; Cataluña no se ocupó nunca de Costa. El pensamiento de Costa se apoyaba en el estudio de la miseria de un pueblo, lo que le daba el pistonazo para su indignación apocalíptica. El pensamiento catalán era el grito de protesta del hombre rapaz y acaparador que tiembla por la seguridad de su riqueza. En el pensamiento de Costa había generosidad. En el pensamiento de Cataluña palpitaba un imperialismo vergonzante que con la máscara del paisalismo sentimental y plañidero aspiraba a la conquista de España por medio de muestrarios, concesiones, privilegios y conciertos económicos. La parte humana del ideal de Costa tenía que fracasar porque el pueblo que debía recibir sus beneficios no podía comprenderle y porque el vencido de hoy es el conquistador de ayer y el imperialista de mañana.

La política hidráulica de Costa se ha convertido en el imperialismo hidráulico de Cataluña. Las necesidades de la vida económica catalana han obligado a domesticar al incauto Ésera que antes parecía un paraíso de hadas. Si Verdaguer fuera a los Pirineos de Aragón hallaría que los personajes que su fantasía acariciaba han dejado el sitio a las cohortes dirigidas por el *infame* ingeniero, como decía el inmenso Guiard, el pintor vascongado. Alguien ha dicho que las soberbias obras de «La Catalana» en El Run, vocablo que evoca una epopeya de fuerzas arrancadas a la Naturaleza, no son obras de ingeniería, sino una labor de conquista. ¿Qué diría Costa al ver que se abren a la voracidad

financiera de Cataluña las entrañas de aquellos Pirineos aragoneses que tantos tesoros encierran? ¿Qué diría al ver que es precisamente Cataluña, esta Cataluña imperialista con disfraz regionalista, el lobo con traje de cordero, la encargada de realizar el plan destinado a Aragón y que éste no sabe realizar por su propia iniciativa?

Peregrina compenetración de dos realidades que cuando eran idealidades permanecían refractarias la una frente a la otra. ¿No demuestra eso que no es siempre el que lanza una idea el que recibe la misión de realizarla? ¿No viene a probar que en el transcurso de los veinte años últimos se han trocado los papeles en España y que Cataluña, fatigada de su papel defensivo, ha tenido que adoptar uno genuinamente ofensivo?

El programa de Costa era prematuro, dirán algunos. Había que destrozarlo de su universalismo y adaptarlo a unas ambiciones de clase, definidamente caracterizadas, que afirmaran los modernos conquistadores. Si Aragón supiese aprender en esto, tal vez, al estudiar el fenómeno producido en la Cataluña conquistadora, llagaría a comprender, si no totalmente el programa de Costa, del que se hallan tan lejos los actuales aragoneses, la única virtualidad existente en el pensamiento y la actuación de Cataluña, eso es: Cataluña es hoy la única región de España que muestra una unidad moral. Costa soñó en una «unión nacional» que murió porque España carece de toda unidad. Cataluña disidente, protestataria, eternamente *rondinaire*, manifiesta siempre, a pesar de los catalanes mismos, una voluntad de unidad, que es tal vez lo más substantivo que queda de la voluntad de historia, erudita y sentimental al mismo tiempo; y esa unidad es el rasgo que le da personalidad y fuerza para su ofensiva política y económica.

Esta es la enseñanza que yo he sacado de un viaje al Alto Aragón, una de las regiones más representativas de la España clásica para la cual parece haberse cerrado el mundo, porque en el fondo de nuestro destino hay por encima de todo la muerte de la voluntad, aunque en la superficie de España haya manifestaciones de tesón hermético que no oye ni escucha ni comprende, aunque el Cristo pase cerca y grite al borde del sepulcro: «Lázaro, levántate y anda».

2. Un artículo sobre la herencia de Costa.
Por José Valenzuela La Rosa

Heraldo de Aragón (Zaragoza), 8 de septiembre de 1918

El castigo de nuestras comunes culpas va cayendo implacable sobre esta tierra víctima, tantas veces, de los errores de sus hijos.

Antes, era el nombre de Aragón un escudo que todo lo cubría y amparaba. Hoy, se atreve cualquiera a poner en tela de juicio nuestros clásicos valores y es lo más triste y doloroso que se nos trata, no como a enemigos temibles sino con la compasión o el desprecio que inspiran los desgraciados y los miserables.

Hace pocos días el capricho y la superficialidad de un cronista catalán nos puso en ridículo ante los ojos de los lectores de un gran diario de Barcelona[16]. Poco tiempo después se ha repetido la suerte en el mismo diario por otro escritor que, con mejor educación y más cortesía que el primero, ha lanzado también sobre nosotros duras y despectivas acusaciones.

Discutir con quien esgrime el insulto como arma única es perder el tiempo. Pero replicar a quien, de buena fe, nos atribuye faltas que no hemos cometido, es necesario. Por eso despreciamos aquel primer artículo de *La Publicidad* y contestamos al segundo que lleva la firma de Jaime Brossa y que ha llegado a nuestras manos con deplorable retraso.

Creemos deber de conciencia salir al paso de los que, conocedores de nuestra debilidad manifiesta, quieren precipitar la declaración de la bancarrota del tradicional prestigio aragonés.

Todavía no hemos perdido la esperanza de reconquistar nuestra fama. Y por lo que fuimos y lo que podemos volver a ser, es justo que se nos respete y que no se acumulen sobre nuestras espaldas mentidos pecados.

* * *

Jaime Brossa discurre, en su artículo sobre la herencia de Costa y partiendo del angustioso instante de la liquidación de nuestro imperio colonial, señala los dos «motivos» nacionales que preludian la nueva era: el motivo lírico de Costa y el motivo dramático del catalanismo político.

Para el articulista, Costa fracasa. Aragón no estuvo a la altura del hombre superior que mejor lo comprendió. En Graus no se advierte ni rastro de la sombra de Costa.

En cambio, los catalanes han ido a Graus, han conquistado el Ésera y han realizado en forma imperialista el sueño de la política hidráulica predicado por Costa. Las entrañas de los Pirineos aragoneses se han abierto a la voracidad financiera de Cataluña y ésta se va nutriendo hoy de la energía arrancada a los saltos de agua de las montañas de Graus.

Y luego nos echa en cara el articulista que, siendo el ideal de Costa el más noble, más generoso, más español que el ideal del catalanismo, en que palpitaba un imperialismo vergonzante

16 *Zaragoza, la meca de la miseria*, por J. Sacs. *La Publicidad*, 1 de agosto de 1918. Ver Anexo 3. En el número del 15 de agosto aparece la siguiente nota. «La Colonia Aragonesa. El Ayuntamiento de Zaragoza en una de sus últimas sesiones ha protestado contra el artículo que nuestro colaborador J. Sacs publicó en las planas de *La Publicidad* relacionando sus impresiones de viaje con la capital aragonesa. Como que esta protesta ha venido a unirse con la que ha levantado la colonia aragonesa de Barcelona, para satisfacción de ésta y como muestra de buena cordialidad, debemos hacer constar nuevamente que *La Publicidad* no se hace solidaria del artículo de su colaborador ni de las ideas ni de las palabras que en sus trabajos expone. Tolerantes con todas las ideas, respetamos, aunque las consideremos equivocadas, las de nuestros colaboradores cuando éstos responden de sus escritos con una firma puesta al pie. Pecaríamos de poco corteses si no diéramos a los aragoneses que conviven con nosotros en la ciudad catalana esa satisfacción por un asunto que tanto ha lastimado sus sentimientos patrióticos y que somos nosotros los primeros en lamentar.»

que aspiraba a conquistarlo todo por medio de muestrarios, concesiones, privilegios y conciertos, hayamos consentido los aragoneses dejarnos vencer y dominar por el «hermano enemigo».

Tal triunfo de Cataluña lo explica Jaime Brossa, por ser aquella la única en España que muestra una unidad moral, aquí, donde se carece de toda unidad.

* * *

Como ven los lectores, hay en el artículo referido observaciones muy clarividentes, pero hay también equivocaciones de bulto y notorias injusticias.

Desde luego el eje del artículo, su razón de ser, su tema sustancial, es falso. Jaime Brossa ha coordinado sus pensamientos y sus juicios, en una visita al río Ésera. Vio allá las obras realizadas por «La Catalana» y maravillado y suspenso, cantó un himno a las geniales iniciativas de su tierra, compadeciendo de paso a los que mansamente se habían dejado arrebatar tanta riqueza.

El autor no está bien enterado de las cosas, y eso es todo. Si hubiera sabido a tiempo que esos saltos del Ésera fueron denunciados por los aragoneses, quienes los ofrecieron a «La Catalana» cuando ésta no soñaba en tal aprovechamiento, se hubieran amenguado sus entusiasmos.

Si supiera que los aragoneses no han abandonado tal empresa sino que consiguieron entrar en «La Catalana» y participar de sus negocios, ya no le hubieran parecido tan vencedores los catalanes que (…) Cataluña no puede vanagloriarse de sus triunfos en esa industria porque fuera de «La Catalana» las dos grandes empresas que funcionan en aquella región tienen origen y capital extranjero, como son «La energía eléctrica» fundada por un grupo francés y «La Canadiense», americana por naturaleza, no hubiera echado el cronista las campanas al vuelo.

De muchas cosas pueden enorgullecerse los catalanes, pero no de tantas como ellos pretenden. Sepa Jaime Brossa que si hay conquista del Ésera, se debe a la iniciativa de ingenieros y capitalistas aragoneses.

La verdad en su lugar.

* * *

En su consecuencia, caen por la base casi todas las filosóficas consideraciones que se permite deducir de aquel hecho erróneo, el entusiasmado articulista.

Y ahora piense, que los aragoneses, conquistadores del Ésera hicieron muy bien en ofrecerlo a Cataluña, no sólo por su proximidad al lugar de la producción de la fuer za, sino porque en Cataluña era donde podía ser apreciada y consumida.

En Aragón hay sobrante fuerza hidráulica, por ahora, y no existen industrias en número y condiciones de consumir, de repente, cincuenta o sesenta mil caballos.

Buscar mercado para la mercancía producida con superabundancia, es obra de buen comerciante, y buenos comerciantes son los aragoneses que forman parte del consejo de «La Catalana».

Por otra parte; creer que son los catalanes los que se han adueñado de la política hidráulica de Costa por el hecho simple de aprovecharse de los saltos del Ésera, es otra equivocación garrafal.

La política hidráulica de Costa tiene una significación muy distinta. Costa Habló siempre de las aguas del Pirineo que habían de fertilizar las dilatadas y abrasadas llanuras de nuestra comarca. La política hidráulica de Costa estaba orientada en el sentido de acrecentar la superficie de riego para multiplicar la producción de nuestro suelo, base sin la cual todo ese imperialismo catalanista compuesto de privilegios, concesiones, favores y mercedes ha de ser obra efímera y caduca.

Y en lo que toca a esa política hidráulica auténtica, nada puede reprocharse a los aragoneses con respecto al aprovechamiento del Ésera.

El Ésera es el río que vierte íntegramente sus verdes aguas en el Canal de Aragón y Cataluña, y que gracias a ello, ha convertido cien mil hectáreas de ingratos secarrales en una espléndida y fecunda huerta.

Obra de las predicaciones de Costa ha sido tal milagro. Y por el mismo camino navegamos. ¿Dónde está el fracaso? ¿Dónde está esa cerrazón de espíritu que se nos achaca para entender al maestro?

Jamás pueblo alguno del mundo ha sentido veneración igual por un hombre. Jamás se ha compenetrado tan íntimamente el espíritu de un país con su caudillo.

Los que han negado a Costa y sus doctrinas, no han sido pueblo ni tienen nada que ver con el pueblo aragonés

* * *

Reconoce el cronista la superioridad indiscutible del ideal de Costa sobre el ideal catalanista. Pues en esa superioridad confiamos nosotros. Esa es nuestra esperanza. Tenemos fe en que, con el tiempo, esto vencerá a aquello, porque esto es lo noble, lo firme y lo verdadero.

Entretanto que no se nos juzgue con ligereza ni con injusticia. Conocemos nuestras faltas. Sabemos que, en efecto, no existe entre nosotros esa unidad moral de que alardea Cataluña. Tenemos que luchar contra la ingratitud de nuestro suelo y de nuestro clima y contra las injurias de los hombres. Pero día vendrá en que la tierra que dio a Costa, dé otros frutos de bendición.

Esperamos el ataque por otros puntos vulnerables. El cronista no pudo elegir peor, al fijarse en el río Ésera como pretexto para acusar la inercia de Aragón y la inutilidad de los aragoneses.

3. Zaragoza, la meca de la miseria
Por J. Sacs[17]

La Publicidad (Barcelona), 1 de agosto de 1918

Cerca del puente de piedra está un chiquillo pegado a los cristales de una tahona vetusta y diminuta. Sus ojos ávidos devoran unas roscas fabricadas con una pasta amazacotada y lisa —como de yeso pintado de ocre— cubiertas de glóbulos homeopáticos multicolores. Nunca vimos más horrible repostería. No obstante, es evidente, trágicamente evidente que el chiquillo se muere por esas roscas infames, reservadas seguramente para las grandes solemnidades gastronómicas. El ávido personajillo está adherido a la madera, a los ladrillos y a los cristales de la tienda con adherencia de pulpo, sus labios y su nariz aplastados contra el cristal inconmovible.

Esa es la imagen del aragonés, el buenísimo aragonés; siempre anhelante y ávido de míseras inabordables metas, sufrido, satisfecho con su insaciedad, orgulloso de su tierra y de su clima ingratos.

En comparación de todas sus miserias, el aragonés es glorioso, si no por sus gestas actuales, por las de sus pasados. Todos los vivos que le apuran se lo murmuran a su oído. Ahora ya no es un secreto para ningún aragonés, por rústico y miserable que sea, que Aragón es la más grande de las regiones españolas.

Hoy día el aragonés se contenta con ser el más español de los españoles, más que el castellano que le cobra las contribuciones y no le da nada en cambio; más que todo el mundo. En Madrid lo saben y, tranquilos, no se preocupan poco ni mucho de esta región que no ha de chillar nunca.

Lanuza es ya menos que un recuerdo para el aragonés: sólo es un mito.

Zaragoza, que es un pedazo de tierra más mísero, con sus canales y ríos, que los más ávidos pedregales de Aragón, representa, no ya la miseria aragonesa, sino toda la miseria española: la miseria cerebral, germanófila y tartufa; la miseria conformista, la miseria de la terquedad substituyendo a la voluntad; la miseria de su mismo suelo inconsistente; la miseria del vegetarismo provincial tan cara a todos los españoles.

Dadle pantanos y canales Aragón para que fertilice sus yermos; dadle industrias y vías de comunicación, y cuando posea todo esto le faltará el motor de su actividad: la ambición, que sólo reside, y en forma concupiscente e inhumana, en cuatro caciques desaprensivos hasta lo grotesco que esquilman a derecha e izquierda con la más estupenda impunidad. Por eso Zaragoza está sin urbanizar; por eso las obras públicas son nulas o insignificantes en la capital aragonesa; por eso uno de sus recientes alcaldes, enriquecido fabulosamente, no sacaba, no le daba la gana de sacar cédula personal.

Desde que la guerra mundial estalló, los franceses pagan a peso de oro los productos aragoneses. Una mujer se dolía de tener que vender a un precio cinco veces superior al verdadero su cosecha da patatas; se resistía por pudor y remordimiento. El oro entra a torrentes en Aragón, las «Utrillas» que iban por el suelo, regaladas, ahora valen tantísimas pesetas más de su valor nominal; todo el mundo se enriquece desde hace unos años, me decía en el tren una señora zaragozana. Entre

---

17 *Joan Sacs* era el pseudónimo que utilizaba como crítico de arte el pintor Feliu Elias (1878-1948); sus caricaturas políticas en la prensa las firmaba como *Apa*. El artículo era el primero de una serie titulada *Viaje artístico por las ruinas de España*. En entregas posteriores reitera las descalificaciones sobre Zaragoza, con frecuencia infundadas y mixtificadoras, y con un tono anticlerical bastante tópico: «... si los zaragozanos adoran con convicción encantadora la huella que sobre una piedra dejara el pie de la Virgen cuando su aterrizaje en la ciudad inmortal...» (*La Publicidad*, 8 de agosto de 1918.)

tanto los empleados municipales llevan muchos meses sin cobrar y un pobrecito aragonés se deshacía ávidamente ante una torta amasada con harina y arcilla...

¡Secular miseria y desolación del país aragonés! Sus monumentos levantados con los materiales más ruines, su ornamentación clásica tan modesta, sus artistas a menudo tan impersonales y provincianos delatan esta pobreza de siempre. La piedra no existe en Zaragoza: no la hay ni para cimentar sobre ella los edificios, que se derrumban por falta de asiento. La ornamentación exterior se limita al tristísimo ladrillo; por excepción, y como lujo extraordinario, el azulejo, fabricado en Valencia, luce en las fachadas monumentales de la edad de oro de Aragón.

Polvo y nada más que polvo se halla abundante en Zaragoza; polvo de su suelo blando y escurridizo; polvo desagregado de sus edificios de ladrillo por la lluvia; polvo que el viento reincorpora a estos mismos edificios, por tal razón tan duraderos como los de piedra; polvo en el aire y polvo en el río, que antes de llegar a Aragón era límpido y azulado y ya no lo vuelve a ser más. Ebro famoso, que entras en Cataluña violento, turbio y cenagoso y así incivil la recorres para, al fin, lanzar al mar cerúleo de la civilización tus olas opacas y salvajes.

¡Oh dolor de un pueblo digno y miserable! ¡Oh tragedia eterna del pueblo más inocente de la Creación! Desolación espantable que a la misma Virgen María conturba y la moviera a descender del Empíreo hasta la ciudad cesárea del Ebro para residir en ella y así atraer sobre sus moradores el múltiple óbolo aragonés, desde el Pirineo hasta la frontera de Castellón, desde Cataluña hasta Navarra y Castilla.

Y Zaragoza levantó un templo grandioso, nunca terminado, nunca firme o seguro; y llamó a todos los aragoneses una sola vez al año, y todos acudieron, y acuden, y acudirán, y llenarán cada vez la capital. Pero siempre acudirán con la sobria pitanza en la alforja y sin soltar ni una perra, porque no la tienen ni para cobijarse cuando la lluvia y la noche sean llegadas. Y el templo fastuoso que se levantó para la Madre de Dios se convertirá en hospedería bulliciosa y mal oliente. Y durante estas noches de jubileo la «Domus Aurea» no cerrará sus puertas. Y cuando los órganos enmudecerán y los incensarios agotarán sus perfumes, de las marmóreas losas, cubiertas de esclavos felices y orgullosos, un inmenso himno gutural se levantará y desde ellas un vaho indescriptible subirá hasta la preciosa y sagrada nariz de madera...

Miseria vimos en otros lugares, pero no como el de Zaragoza. Esos «ripperts» a cinco céntimos el trayecto; abarrotados de curas y de mujeres, que en Barcelona vemos continuamente tambalear por las crestas de nuestros empedrados; el «vermouth con oliva a cinco céntimos» y los remendones de alpargatas que nos asombraron en Valencia; el falso ciceronismo a precios reducidos de Burgos y de Toledo y otros accidentes no menos representativos de la miseria ambiente, ancestral, de nuestro pueblo no conmueven tan patéticamente como en Zaragoza, donde todas las deficiencias toman un aire enjuto de castigo inapelable, donde la vida pierde completamente su encanto y su real significación para absorber todas las apariencias y convenciones de la civilización, sin ninguna de sus gracias y ventajas; donde hay que «trebajar» como condenados sin saber porqué, donde hay que sufrir porque... ya se sabe; donde no hay ideales porque en la tierra no existen ya, después de haber vivido la guerra. de la Independencia, después de haber convivido con la Virgen estilita, la que, ya es sabido aunque por ortodoxia no se diga, manda en el Cielo más que el Padre Eterno.

En una zarzuela se canta la cuarteta siguiente:

¡Porque soy del Arrabal
me llaman la Rabalera,
como soy de Zaragoza,
que me llamen lo que quieran!

Ese es el espíritu del zaragozano y del aragonés. Como que es hijo de Aragón, ya no desea más.

De la misma manera que la miseria del aragonés refleja y representa con sus patetismo y fatalismo extremos la miseria de España toda, así sus causas podrían ser las mismas. Estamos por herencia ya tan encarnados en el dolor y la pobreza que, a la manera de los degenerados en la suciedad, nos sentimos bien así, calentitos y mullidos con nuestro cojín de piojos. La limpieza, la riqueza, nos espanta, nos imaginamos que nos resfriaría. Después de darle vueltas al problema de la regeneración, nos asustamos y lo abandonamos. ¡Ya están bien las cosas tal como están! ¿No tenemos un pasado glorioso? Pues «¡que me llamen lo que quieran!»

4.
A los aragoneses y a los que viven en Aragón
Acción Regionalista de Aragón-Directorio

El Ebro. Publicación quincenal aragonesista (Barcelona), 20 de enero de 1919

Hoy el Regionalismo aragonés es caso de urgencia; horas o, cuando más, días, tardará a ser ley y realidad la Autonomía de Cataluña; las otras regiones a quienes también gobierna el Estado español, se disponen a organizarse de parecido modo. Aragón, antes que por necesidad de vivir, por derecho muy suyo, porque tiene Personalidad que fue y que puede seguir siendo y eso conviene a su vida y a su mejora, piensa ya, con la urgencia propia del momento, en ser autónomo y en organizarse para ello lo mejor posible.

Somos amadores de una tradición constantemente renovada por el instinto social, no meros fetichistas del pasado aunque glorioso; la orilla derecha del Ebro, desde las Conchas de Haro hasta la raya occidental del Aragón, es País de intereses comunes con los del Ebro aragonés; y éste y aquél, países de intereses riquísimos; no surgió Aragón en la Historia según era en el siglo XV; así como nuestro reino fue aumentando en territorio, puede hoy mancomunarse a él la Rioja; así, la Mancomunidad de Aragón se mejoraría con la Mancomunidad del Ebro; aun ésta sola ya sería un acierto económico, bien que por sí no baste a satisfacer la aspiración regionalista.

La Mancomunidad que Aragón forme, ha de ser como una gran Diputación del Reino; la mala impresión que causan a ciudadanos y municipios las Diputaciones actuales, no proviene de ellas más de que, forzadas a sólo obedecer y pagar, transmiten a los pueblos los empujes, incontrastables, molestos y hasta nocivos, que ellas reciben del Estado.

A la Mancomunidad ha de corresponder la Administración plena, y también plenamente responsable del País, salvadas las inexcusables conexiones con el Estado por razón de la unidad de éste y de la universalidad de muchos servicios que aún han de corresponderle; pero esa Autonomía ha de contener la libertad económica que baste para intensificar, mediante una gestión activísima, nuestros orígenes de riqueza y los medios para una elevación rápida y fuerte de nuestra cultura superior, primera hoy en urgencia, porque viene siendo la menos cuidada, como que es desatendida casi totalmente. Así Aragón, con recursos propios podrá atender a sus propias necesidades sin deber, como hasta ahora, sus obras públicas al ajeno arbitrio, ni exponer el fallo sobre el ser o no ser de ellas a votos no bastante informados, como hoy sucede con los Cuerpos Colegisladores del Estado español, no por culpas personales, sino por la inevitable ignorancia de casi todos sus individuos respecto a países que los más no conocen, y éstos son, para cada uno de esos representantes, lo más del territorio del Estado.

Tiene Aragón, además de buena historia municipal, el tipo histórico de las Comunidades de municipios formadas por los de una misma comarca para mayor bien común; análogamente se halla constituida, de pocos meses ha, la Comunidad de los Municipios de Aragón, con invitación también a los limítrofes; esa Institución la hemos de sostener y fomentar con todo nuestro empeño, porque es una fuerza social y una multiplicación de fuerzas que aisladas fracasarían o, cuando más, podrían poco.

Pero nunca esa Comunidad bastará para encabezar Aragón; esa Comunidad meramente municipal, sólo podrá producir, más y mejor que los Municipios aislados, actividad propia de Municipios, y eso no es todo lo que Aragón ha de necesitar. Cabría, cuando más, y muy a gusto nuestro, sacar de esa Comunidad de Municipios, por algún modo, el Organismo de Gobierno

mancomunal; pero ese Organismo, aunque tuviese así con ella relación de origen, no la tendría de naturaleza, ni de condición, ni de funcionamiento.

Amamos nuestro Derecho foral; pero lo queremos viviente y apto para modificarse según la sociedad; también esto requiere, como nuestra Economía, una autoridad social consciente, y sólo puede serlo el país a quien afecta, todo él y sólo él; esa labor han de hacer los políticos gobernantes de Aragón autónomo, pero no por caprichosa o pasional disposición de sus votos, mas con obediencia al dictamen razonado de nuestros juristas.

Aragón autónomo exige capitalidad, y muchas circunstancias hacen indiscutible la de Zaragoza, pero eso no ha de ser para crear, en vez del actual centralismo estatista, un centralismo regional; así como no son hechos los súbditos para la autoridad humana que los rige, mas la autoridad humana es para servicio de los súbditos, la capitalidad no es para el bien de la capital sino del territorio que ésta encabeza y a quien sirve encabezándolo. En todo caso, cuanto más cerca se halle la capital, mejor podrán los pueblos hacerla sentir sus protestas si para ellas diese motivo.

Mantendremos relaciones cordiales con el Estado español; reducida su actividad a justas proporciones, lo amamos como nexo de unión entre pueblos a quienes continuidad de territorios y comunidad de muchos intereses aconsejan fraternidad; mantendremos relación afectuosa con los núcleos regionalistas de toda tierra hispánica, señaladamente con los de Cataluña, modelo ya formado y a quien todo regionalismo ibérico debe el primer durísimo esfuerzo de arranque, aprovechado luego por todos.

Somos aragoneses y no podríamos, sin absurdo, formar apéndice a otra región, dar escolta a otra Entidad, ser colonia de otro Pueblo; mantenemos la personalidad de Aragón y nuestra propia política; tenemos presente los vínculos históricos que nos unen con las regiones de Levante, cuya economía es también complementaria de la nuestra, pero, si fuera preciso, contra ellas como contra cualquier otro país defenderemos los intereses de Aragón, sin otras limitaciones que las marcadas por el imperativo de la justicia y por anhelo de concordia.

Ciudad de Zaragoza, día seis de diciembre de mil novecientos dieciocho.

(Firmado por muchas personalidades del país aragonés).[18]

NORMAS

I. Reconocimiento de la personalidad de Aragón.

II. Constitución de la Mancomunidad de Aragón, como representación de su personalidad y como instrumento para su actividad económica y cultural.

III. Delegación por el Estado a la Mancomunidad de aquellas funciones administrativas que tienen desarrollo vario según la variedad de los países a que se aplican (obras públicas, enseñanzas profesionales, etc.).

IV. Reconocimiento efectivo de la personalidad autónoma de los municipios, con separación de todas las funciones en que hoy son meros subalternos del Estado.

V. Hacienda propia de cada entidad aragonesa (Mancomunidad, provincia en cuanto convenga que subsista, municipio, agrupaciones para fines especiales).

18 Este manifiesto ha sido extractado, en la imposibilidad de publicarlo íntegro. [Nota original.—Los principales firmantes: Moneva y Puyol, Juan; Poza e Ibáñez, Genaro; Horno Alcorta, Ricardo; de Rivas y Jordán de Urriés, Francisco; Gayarre, José María; Baselga y Jordán, Mariano; Ardid y de Hacha, Manuel; Bernad Partagás, Francisco; Bescós Almudévar, Manuel; Ripollés Vahamonde, Felipe; Santos de Otto, Nicolás; Vergara Sazatornil, Vicente; de Juan y del Olmo, Fernando; Sancho Izquierdo, Miguel; Romero Radigales, José; Albar y Mora, Antonio; de Salas Merlé, Jaime; Gros y Ruata, Agustín; Hernando Aceña, Pío; García Sánchez, Antonio; Sanz Ibarz, Ángel; Conde de Castellano; de Ena y Valenzuela, Mariano; Marquinez, Julio; Vicente, Gregorio; Camón, José; Lope, Francisco; Perales, Pedro; Sánchez Sarto, Manuel; Sánchez Sarto, Luis.]

VI. Derecho civil de Aragón, no como mero depósito de reglas tradicionales, mas como producción viva según las necesidades de cada época.

VII. Conexión de la capital de Aragón, con todas las comarcas y municipios del país, principalmente para la defensa y mejora de los intereses de esas comarcas y municipios.

VIII. Política agraria, como representativa del mayor interés actual de Aragón, sin desdeñar la industria, complemento de todo agrarismo de pueblo culto.

IX. Creación de un Centro de Estudios Superiores protegido por la Mancomunidad y, mientras ésta es obtenida, por los organismos oficiales y no oficiales más representativos de Aragón y organizado de modo que su labor corresponda a su título.

X. Preferencia de la defensa de los intereses de Aragón sobre todo otro interés de agrupación política, dejando libre la actuación en lo demás, según las convicciones de cada individuo.

5. Por mi Aragón.
Por Almogávar[19]

El Ebro, publicación quincenal aragonesista (Barcelona) 5 de mayo de 1919

En el *Diario de Barcelona* y subscritos por don Angel Salcedo Ruíz han aparecido unos artículos epigrafiados : «El regionalismo a la catalana en Aragón», cuya lectura nos ha convencido de tres cosas: 1.ª El. articulista es un centralista castellanizado hasta las cachas; 2.ª Conoce el aragonesismo menos que a medias, y 3.ª es un antirregionalista saturado de prejuicios inadmisibles. Vayan unos botones de muestra. Dice ex cathedra el preopinante: «Los aragoneses, por ser toda su tierra de secano...» El traspié del super-crítico antiaragonesista es garrafal. Abrimos la geografía aragonesa y topamos con Zaragoza, Huesca, Teruel, Fraga, Barbastro, Alcañiz, Jaca, Calatayud, Tarazona, Borja, Daroca, Albarracín y otras poblaciones de menor cuantía bañadas por sendos ríos, con feraces terrenos de regadío y famosas riberas y huertas que en Aragón y fuera de él gozan de fama merecida por la abundancia de sus productos agrícolas y la exquisitez de sus frutos.

¡Riberas paradisíacas del Ebro, Cinca, Jalón, Jiloca, Ésera, Guadalupe, Isábena, Huerva, Ara y Gállego...! ¡Higos de Fraga, cerezas de Monzón, melocotones de Campiel! ¡Valles imponderables de Hecho, Ansó, Aragúés, Aisa, Borán, Canfranc, Acumuer, Aso, Tena, Broto, Vió, Puértolas, Tella, Bielsa, Benasque, Isábena, Castejón de Sos y Noguera Ribagorzana[20]!!! Si el articulista cree que todo lo enumerado son entes de razón y no pedazos del suelo aragonés... el estudio de nuestra geografía le ilumine. El secarral de Monegros en la zona esteparia del sur de la provincia de Huesca no autoriza ni mucho menos a atrevimientos inconsiderados como el subscrito tan a la ligera por un escritor de las campanillas del señor Salcedo.

También en la propia provincia de Huesca (15.224 kilómetros cuadrados) verá, si lee a Lucas Mallada, ingeniero geólogo autor de su descripción fisica y geológica en la *Comisión del mapa geológico de España*, designada por el Gobierno, verá, decimos, que el suelo altoaragonés se clasifica en *pirenaico* su octava parte y *montañoso* las tres cuartas partes del mismo, añadiendo el señor Mallada ser característica del Norte de la provincia la superabundancia de agua sin tierra y en el sur los grandes manchones monegrinos de tierra sin agua. Confundir la excepción con la regla es de lógica coja.

Y si de la geografía pasamos a la historia no cuelan ni mucho menos estas ideas del articulista: «Las falsificaciones tendenciosamente regionalistas de la historia aragonesa, sin duda profesadas y aun urdidas de buena fe por la sugestión del patriotismo local o amor a la tierra, no son muchas; pero resultan colocadas con arte en los puntos históricos estratégicos para que den base, o apariencia de tal, mejor dicho, a las pretensiones actuales que se sustentan.»

El aragonesismo no se nutre del anticastellanismo, que al fin y al cabo es una negación, sino de una serie de afirmaciones con las que coincide el regionalismo castellano. Que el señor Moneva no es el Moisés del aragonesismo lo sentimos la casi totalidad de los aragonesistas, disconformes con él en ese anticastellanismo tan suyo alrededor del cual gira cuanto el señor Salcedo expone contra nuestro ideario. También aquí ha marrado el tiro nuestro impugnador. Llamar *coronilla* a la *Corona* de Aragón sólo en sentido despectivo y molesto hoy se tolera.

El lenguaje aragonés es coetáneo del castellano, al que enriqueció más de lo que no pocos académicos de la Lengua han demostrado conocer; y con sólo darse una vueltecica filológica por Ribagorza, Sobrarbe y extremos O. y S. de la región aragonesa se persuadirá quien haga la prueba

19 Isidro Comas (1874-1932).

20 Con el Ortesa a la cabeza, declarado oficialmente Parque Nacional en 1918. (Nota original.—Se refiere al breve río Arazas.)

de si subsiste o no entre aragoneses una variedad riquísima de vocablos merecedores de ser cuidadosamente estudiados por quienes de oficio *limpian, fijan y dan esplendor* al idioma oficial de los españoles.

Con una frescura impremeditada califica de falsa en absoluto la paridad entre Jaca y San Juan de la Peña con Covadonga, desconoce la propensión de nuestros Reyes a empresas mediterráneas; llama unión de artificio político de carácter puramente personal a la Confederación Catalano-Aragonesa; dice que hasta la época contemporánea no tiene Aragón industria y de los aragonesistas concluye que son como unos naranjos de Yuste plantados en el Escorial, a los cuales no les hace buen hospedaje la tierra, según el P. Sigüenza. Y todo este florilegio va contra el anticastellanismo del señor Moneva.

El autor de los peregrinos artículos invoca al gran Zurita, con palabras de éste le replicaremos. Abarcaba la Celtiberia el río Jalón, Medina, Ricla, Moncayo, Albarracín, Molina, Cuenca y Sigüenza, según Zurita. Como el señor Salcedo afirma rotundamente que «la tierra aragonesa es parte de la gran meseta interior de la península y sus habitantes tan celtíberos como los castellanos» y la parte de Aragón no citada por Zurita como incluida en Celtiberia, no es grano de anís, por quedar fuera de ella toda la provincia de Huesca y buen pizco de las de Zaragoza y Teruel, nos quedamos con Zurita, que bien estudiado lo tendría, y no admitimos a humo de pajas el *Magister dixit* del señor Salcedo en este punto concreto de geografía histórica aragonesa.

Menos aun suscribiremos la castellanización de nuestra historia. Contra esa sistemática desviación de la realidad pasada sí que se revuelve la juventud estudiosa regionalista de media España. Se nos quiere explicar la epopeya nacional de la Reconquista a base de don Pelayo, las Navas de Tolosa y la toma de Granada, escamoteando tontamente las glorias regionales de tanto o más renombre que los clásicos personajes inscritos en los epítomes de Historia de España aprendidos en nuestra infancia.

¿Por ventura los Íñigo Arista, Sancho Abarca, Sancho Ramírez, el Batallador, la sabia doña Petronila, pongo por Reyes aragoneses, fueron ceros a la izquierda de los castellanos? Pues se pretende que lo sean y por eso mismo, leyendo a Zurita, siéntese uno doblemente aragonés al darse cuenta del escamoteo. ¡Ah, si los historiógrafos bebieran en Simancas y el Archivo de la Corona de Aragón en vez de copiar a quienes en pleno siglo XX no tienen la verdadera verdad de la historia tan bien estudiada como Zurita en la única fuente pura de ella, los documentos auténticos en que fue consignada de primera mano!

Ella nos dice la grandeza de Aragón; nos habla de un Sancho Garcés III el Mayor (1000 a 1035), digno antecesor de Fernando el Católico, que reunió, lo mismo que éste, cualidades de gobierno que pocos reyes han poseído en tan alto grado: la astucia diplomática, el valor de guerrero y una ambición que no reconocía límites. Puso empeño en que Navarra y Aragón pudieran llegar a los mares que bañan las costas de la península; empresa que fue uno de sus principales objetivos políticos, realizado en parte luego al ser asesinado García, conde de Castilla. Por Levante intentó facilitar el dominio de Aragón en la cuenca del Ebro hasta Tortosa, plan no realizado en todo por los monarcas que le sucedieron[21] y aun no comprendido por los aragoneses hoy en toda su magnitud. Como que la salida al mar es la clave de la grandeza futura de Aragón y de su geografía política.

Cuéntanos también la historia cómo en las Navas de Tolosa (1212) cupo a los aragoneses la principalísima parte que supone haber asistido a ella la flor y nata de nuestros caballeros aquí denominados: Sancho Conde, tío del Rey de Aragón, García Frontin, García Romeu, Simón Cornel, Guillén Peralta, Miguel Luesca, abanderado, Aznar Pardo, Nuño Sánchez, hijo del conde de Lara, Lope Ferrench de Luna (cuya mesnada sobresalió por su arrojo y mereció parte principal del botín), Astal de Foces, Pedro Maza, Atorella, Simón Aivar, Rodrigo Lizana y Pedro Ahones, de cuyo silenciamiento en historias castellanizadas son cómplices los amigos de adornarse con plumas ajenas. ¡Y hay tanto que expurgar a éste respecto!

21 M. Serrano y Sanz: *Noticias y documentos históricos del condado de Ribagorza*. (Nota original.)

Para terminar por hoy: Zurita, cuya escrupulosidad y competencia consagró la crítica colocándole por encima de todos los historiadores españoles hasta la fecha, tuvo un fiero contradictor en el crítico Alonso de Santa Cruz, castellanizante bilioso, cuyas intemperancias contra Zurita hacen buenas las teorías anticastellanistas del señor Moneva. De él, de Alonso Santa Cruz, escribiremos otro día, porque vean los lectores de *El Ebro* cómo las gastaban ya en el siglo XVI los que pretenciosamente achican y contradicen todo lo aragonés. Será una vindicación aragonesista más de la serie inacabable que tenemos en cartera.

CLÁSICOS DE HISTORIA

http://clasicoshistoria.blogspot.com.es/

511 Juan Moneva y Puyol, *Disertaciones políticas (republicanas y regionalistas)*
510 Andrés Nin, *Las dictaduras de nuestro tiempo*
509 Francisco Cambó, *Las dictaduras*
508 Manuel Chaves Nogales, *La vuelta a Europa en avión; los reportajes del Heraldo*
507 Guillén de Lampart, *Proclama por la liberación de la Nueva España y otros textos*
506 Carlos Pereyra, *La obra de España en América*
505 Pedro Mártir de Angleria, *Cartas del Nuevo Mundo 1493-1525*
504 Juan Moneva y Puyol: *Política de represión y otros textos*
503 Francisco Cambó: *Un catalanismo de orden; textos 1907-1937*
502 Macalister y otros, *Palestina en 1911 (Encyclopædia Britannica)*
501 George Robinson, *Viaje a Palestina y Siria en 1830*
500 Augusto Conte, *Recuerdos de un diplomático*
499 Pere M. Rossell, *La Raza*
498 *Las razas europeas en la antropología racista. Textos, mapas y gráficos*
497 Marco Aurelio, *Soliloquios*
496 Cayetano Barraquer, *Quema de conventos y matanza de frailes en la Barcelona de 1835*
495 Francisco Raull, *Historia de la conmoción de Barcelona en... julio de 1835*
494 Eugenio de Aviraneta y Tomás Bertrán Soler, *Mina y los proscriptos*
493 Ramón Xaudaró y Fábregas, *Bases de una constitución política… y otros textos*
492 Joaquín del Castillo, *Las bullangas de Barcelona o sacudimientos de un pueblo oprimido...*
491 John Tanner, *Narración de su cautiverio y aventuras con los indios de Norteamérica*
490 Alphonse Daudet, *Tartarín de Tarascón*
489 Gustave de Beaumont, *Estado Unidos en 1831: Esclavitud, racismo, religión, tribus indias...*
488 William Jay, *Causas y consecuencias de la guerra de 1847 entre Estados Unidos y Méjico*
487 Manuel Gil Maestre, *El anarquismo, hechos e ideas*
486 Miguel de Cervantes, *El ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha*
485 Richard F. Burton, *Peregrinación a La Meca y Medina*
484 Romualdo Nogués, *Aventuras y desventuras de un soldado viejo natural de Borja*
483 Vicente de la Fuente, *La sopa de los conventos*
482 John Leech, *Grabados de la Historia cómica de Roma*
481 José García de León y Pizarro, *Memorias*
480 Gustavo Adolfo Bécquer, *Desde mi celda. Veruela. Costumbres de Aragón*
479 Washington Irving, *Cuentos de la Alhambra*
478 Manuel de Galhegos, *Obras varias al real palacio del Buen Retiro*
477 Évariste Huc, *Recuerdos de un viaje a la Tartaria, el Tíbet y la China en 1844, 1845 y 1846*
476 Rafael Torres Campos, *Esclavitud e imperialismo en el África árabe*
475 Rosendo Salvado, *Memorias históricas sobre la Australia*
474 Juan Fernández de Heredia, *Libro de los fechos et conquistas de la Morea*
473 *Crónica del rey de Aragón Pedro IV el Ceremonioso*
472 Plinio el Joven, *Cartas. Libro I al IX*
471 Thomas Macaulay, *Revolución de Inglaterra*
470 Manuel Fraga Iribarne, *Razas y racismo*
469 Juan Bautista Pérez, *Parecer sobre las planchas de plomo que se han hallado en Granada*
468 G. Lenotre, *Historias íntimas de la Revolución Francesa*
467 Pierre Gaxotte, *La España de los años treinta. Artículos de «Je suis partout»*

466 Lucio Marineo Sículo, *Crónica de Aragón*
465 Gonzalo de Céspedes, *Excelencias de España y sus ciudades*
464 Plinio el Joven, *Panegírico de Trajano y correspondencia con el emperador*
463 *Auca de l'Estatut de Catalunya*
462 Thomas Macaulay, *Constructores del imperio británico en la India*
461 *Los ilustrados y la esclavitud*
460 José Pascasio de Escoriaza, *La esclavitud en las Antillas*
459 Alonso de Sandoval, *Mundo negro y esclavitud*
458 Claudio Claudiano, *Elogio de Serena*
457 *Concilio IV de Toledo (año 633)*
456 Pedro Bosch Gimpera, *España*, *Para la comprensión de España*, *y otros textos*
455 Ramón Menéndez Pidal, *Lenguas y nacionalismos. Artículos y polémicas*
454 Charles Van Zeller, *Guerra civil en España. Esbozos y recuerdos*
453 Antonio Pirala, *Historia de la guerra civil y de los partidos liberal y carlista* (6 tomos)
452 Plinio el Viejo, *Hispania antigua en la Naturalis Historia*
451 Benvenuto Cellini, *Su vida escrita por él mismo en Florencia*
450 *Propaganda y doctrina. Editoriales y oros textos de la revista Escorial (1940-1942)*
449 Diego Abad de Santillán, *Por qué perdimos la guerra*
448 Nuño de Guzmán, *Jornada de Nueva Galicia y otras cartas*
447 Alfredo Chavero, *Explicación del lienzo de Tlaxcala*
446 Ramón Menéndez Pidal, *Tres artículos sobre Bartolomé de las Casas*
445 Américo Vespucio, *Tres cartas sobre el Nuevo Mundo*
444 Publilio Siro, *Sentencias*
443 Aulo Gelio, *Noches áticas*
442 Tito Lucrecio Caro, *De la naturaleza de las cosas*
441 Aurelio Prudencio Clemente, *Psicomaquia o Pelea de las Virtudes y los Vicios*
440 Luciano de Samósata, *Historias verdaderas*
439 Concepción Arenal, *La cuestión social*
438 Benjamin Constant, *De la libertad de los antiguos comparada con la de los modernos*
437 Emilio Mola Vidal, *Memorias de mi paso por la Dirección General de Seguridad*
436 Manuel García Morente, *Idea de la Hispanidad*
435 Vaclav Schaschek y Gabriel Tetzel, *Viaje de León de Rosmital por España en 1466*
434 Andrea Navagero, *Viaje por España 1524-1528*
433 Georg von Ehingen, *Viaje por España en 1457*
432 Francesco Guicciardini, *Relación de España 1512-1513*
431 Santiago Ramón y Cajal, *Patriotismo y nacionalismos. Textos regeneracionistas*
430 Julián Ribera, *Lo científico en la historia*
429 Juan Gálvez y Fernando Brambila, *Ruinas de Zaragoza en su primer sitio*
428 Faustino Casamayor, *Diario de los Sitios de Zaragoza*
427 Georges Desdevises du Dézert, *Ideas de Napoleón acerca de España*
426 Wenceslao Fernández Flórez, *Columnas de la República 1931-1936*
425 Berman, Low y otros, *Antes de la catástrofe. Caricaturas políticas en* Ken *1938-1939*
424 Dolores Ibárruri "Pasionaria", *Artículos, discursos e informes 1936-1978*
423 Gregorio Marañón, *Artículos republicanos 1931-1937*
422 Emil Hübner, *La arqueología de España*
421 Alexandre de Laborde, *Grabados del Voyage pittoresque et historique de l'Espagne*
420 Pompeyo Trogo, *Los asuntos de España*
419 Frederick Hardman, *Escenas y bosquejos de las guerras de España*
418 Fustel de Coulanges, *Alsacia alemana o francesa, y otros textos nacionalistas*
417 Theodor Mommsen, *A los italianos (la guerra y la paz)*

416 Fustel de Coulanges, *La ciudad antigua. Estudio sobre el culto, el derecho y las instituciones*
415 *Historia Augusta. Vidas de diversos emperadores y pretendientes desde el divino Adriano...*
414 Anténor Firmin, *La igualdad de las razas humanas (Fragmentos)*
413 Fermín Hernández Iglesias, *La esclavitud y el señor Ferrer de Couto*
412 José Ferrer de Couto, *Los negros en sus diversos estados y condiciones*
411 *Textos antiguos sobre el mito de las edades: Hesíodo, Platón, Ovidio, Virgilio, Luciano*
410 Tertuliano, *Apologético*
409 Flavio Arriano, *Historia de las expediciones de Alejandro*
408 Luciano de Samósata, *Cómo ha de escribirse la Historia*
407 Vasco de Quiroga, *Información en derecho sobre algunas Provisiones del Consejo de Indias*
406 Julián Garcés, Bernardino de Minaya y Paulo III, *La condición de los indios*
405 Napoleón Colajanni, *Raza y delito*
404 Ángel Pulido, *Españoles sin patria y la reza sefardí*
403 Ángel Pulido, *Los israelitas españoles y el idioma castellano*
402 George Dawson Flinter, *Examen del estado actual de los esclavos de la isla de Puerto Rico*
401 Vicente de la Fuente, *Historia de las sociedades secretas antiguas y modernas en España*
400 Francisco Guicciardini, *Historia de Italia… desde el año de 1494 hasta el de 1532* (2 tomos)
399 *Anti-Miñano. Folletos contra las Cartas del pobrecito holgazán y su autor*
398 Sebastián de Miñano, *Lamentos políticos de un pobrecito holgazán*
397 Kenny Meadows, *Ilustraciones de Heads of the people or Portraits of the english*
396 *Grabados de Les français peints par eux-mêmes* (2 tomos)
395 *Los españoles pintados por sí mismos* (3 tomos)
394 Ramón de Mesonero Romanos, *Memorias de un setentón natural y vecino de Madrid*
393 Joseph-Anne-Marie de Moyriac de Mailla, *Histoire generale de la Chine* (13 tomos)
392 Fernando de Alva Ixtlilxochitl, *De la venida de los españoles y principio de la ley evangélica*
391 José Joaquín Fernández de Lizardi, *El grito de libertad en el pueblo de Dolores*
390 Alonso de Ercilla, *La Araucana*
389 Juan Mañé y Flaquer, *Cataluña a mediados del siglo XIX*
388 Jaime Balmes, *De Cataluña (y la modernidad)*
387 Juan Mañé y Flaquer, *El regionalismo*
386 Valentín Almirall, *Contestación al discurso leído por D. Gaspar Núñez de Arce*
385 Gaspar Núñez de Arce, *Estado de las aspiraciones del regionalismo*
384 Valentín Almirall, *España tal cual es*
383 *Memoria en defensa de los intereses morales y materiales de Cataluña (1885)*
382 José Cadalso, *Defensa de la nación española contra la Carta Persiana... de Montesquieu*
381 Masson de Morvilliers y Mariano Berlon, *Polémica sobre Barcelona*
380 Carlo Denina, *¿Qué se debe a España?*
379 Antonio J. de Cavanilles, *Observaciones sobre el artículo España de la Nueva Encyclopedia*
378 Eduardo Toda, *La vida en el Celeste Imperio*
377 Mariano de Castro y Duque, *Descripción de China*
376 Joseph de Moyriac de Mailla, *Cartas desde China (1715-1733)*
375 Dominique Parennin, *Sobre la antigüedad y excelencia de la civilización china (1723-1740)*
374 Diego de Pantoja, *Relación de las cosas de China (1602)*
373 Charles-Jacques Poncet, *Relación de mi viaje a Etiopía 1698-1701*
372 Thomas Robert Malthus, *Ensayo sobre el principio de la población*
371 Víctor Pradera, *El Estado Nuevo*
370 Francisco de Goya, *Desastres de la guerra*
369 Andrés Giménez Soler, *Reseña histórica del Canal Imperial de Aragón*
368 *Los juicios por la sublevación de Jaca en el diario “Ahora”*
367 Fermín Galán, *Nueva creación. Política ya no sólo es arte, sino ciencia*

366 Alfonso IX, *Decretos de la Curia de León de 1188*
365 *Codex Vindobonensis Mexicanus I. Códice mixteca*
364 Sebastián Fernández de Medrano, *Máximas y ardides de que se sirven los extranjeros…*
363 Juan Castrillo Santos, *Cuatro años de experiencia republicana 1931-1935*
362 Louis Hennepin, *Relación de un país que... se ha descubierto en la América septentrional*
361 Alexandre Olivier Exquemelin, *Piratas de la América*
360 Lilo, Tono y Herreros, *Humor gráfico y absurdo en La Ametralladora*
359 Julián Zugazagoitia, *Guerra y vicisitudes de los españoles*
358 *Revolución y represión en Casas Viejas. Debate en las Cortes*
357 Pío Baroja, *Raza y racismo. Artículos en Ahora, Madrid 1933-1935*
356 Diego de Ocaña, *Ilustraciones de la Relación de su viaje por América del Sur*
355 Carlos de Sigüenza y Góngora, *Infortunios de Alonso Ramírez*
354 Rafael María de Labra, *La emancipación de los esclavos en los Estados Unidos*
353 Manuel de Odriozola, *Relación... de los piratas que infestaron la Mar del Sur*
352 Thomas Gage, *Relación de sus viajes en la Nueva España*
351 De la Peña, Crespí y Palou, *Exploración de las costas de la Alta California (1774-1799)*
350 Luis de Camoens, *Los lusíadas*
349 Sabino Arana, *Artículos de Bizkaitarra (1893-1895)*
348 Bernardino de Sahagún, *Las ilustraciones del Códice Florentino*
347 Felipe Guaman Poma de Ayala, *Ilustraciones de la Nueva Crónica y Buen Gobierno*
346 Juan Suárez de Peralta, *Noticias históricas de la Nueva España*
345 Étienne de la Boétie, *Discurso de la servidumbre voluntaria*
344 Tomás de Mercado y Bartolomé de Albornoz, *Sobre el tráfico de esclavos*
343 Herblock (Herbert Block), *Viñetas políticas 1930-2000*
342 Aníbal Tejada, *Viñetas políticas en el ABC republicano (1936-1939)*
341 Aureger (Gerardo Fernández de la Reguera), *Portadas de “Gracia y Justicia” (1931-1936)*
340 Paul Valéry, *La crisis del Espíritu*
339 Francisco López de Gómara, *Crónica de los Barbarrojas*
338 *Cartas de particulares sobre la rebelión de Cataluña (1640-1648)*
337 Alejandro de Ros, *Cataluña desengañada. Discursos políticos*
336 Gaspar Sala, *Epítome de los principios y progresos de las guerras de Cataluña*
335 *La Flaca. Dibujos políticos de la primera etapa (1869-1871)*
334 Francisco de Quevedo, *La rebelión de Barcelona ni es por el huevo ni por el fuero*
333 Francisco de Rioja, *Aristarco o censura de la Proclamación Católica de los catalanes*
332 Gaspar Sala y Berart, *Proclamación católica a la majestad piadosa de Felipe el Grande*
331 François Bernier, *Nueva división de la Tierra por las diferentes especies o razas humanas*
330 Cristoph Weiditz, *Libro de las vestimentas (Trachtenbuch)*
329 Isa Gebir, *Suma de los principales mandamientos y devedamientos de la ley y sunna*
328 Sebastian Münster, *Cosmographiæ Universalis. Mapas y vistas urbanas*
327 Joaquim Rubió y Ors, *Manifiestos catalanistas. Prólogos de Lo gayter del Llobregat*
326 Manuel Azaña, *La velada en Benicarló. Diálogo de la guerra en España*
325 François Bernier, *Viajes del Gran Mogol y de Cachemira*
324 Antonio Pigafetta, *Primer viaje en torno del Globo*
323 Baronesa D’Aulnoy, *Viaje por España en 1679*
322 Hernando Colón, *Historia del almirante don Cristóbal Colón*
321 Arthur de Gobineau, *Ensayo sobre la desigualdad de las razas humanas*
320 Rodrigo Zamorano, *El mundo y sus partes, y propiedades naturales de los cielos y elementos*
319 Manuel Azaña, *Sobre el Estatuto de Cataluña*
318 David Hume, *Historia de Inglaterra hasta el fin del reinado de Jacobo II* (4 tomos)
317 Joseph Douillet, *Moscú sin velos (Nueve años trabajando en el país de los Soviets)*

316 Valentín Almirall, *El catalanismo*
315 León Trotsky, *Terrorismo y comunismo (Anti-Kautsky)*
314 Fernando de los Ríos, *Mi viaje a la Rusia Sovietista*
313 José Ortega y Gasset, *Un proyecto republicano (artículos y discursos, 1930-1932)*
312 Karl Kautsky, *Terrorismo y comunismo*
311 Teofrasto, *Caracteres morales*
310 Hermanos Limbourg, *Las muy ricas Horas del duque de Berry (Selección de las miniaturas)*
309 Abraham Ortelio, *Teatro de la Tierra Universal. Los mapas*
308 Georg Braun y Franz Hogenberg, *Civitates orbis terrarum (selección de los grabados)*
307 Teodoro Herzl, *El Estado Judío*
306 *Las miniaturas del Códice Manesse*
305 Oliverio Goldsmith, *Historia de Inglaterra. Desde los orígenes hasta la muerte de Jorge II.*
304 Sor Juana Inés de la Cruz, *Respuesta de la poetisa a la muy ilustre sor Filotea de la Cruz*
303 *El voto femenino: debate en las Cortes de 1931.*
302 Hartmann Schedel, *Crónicas de Nuremberg* (3 tomos)
301 Conrad Cichorius, *Los relieves de la Columna Trajana. Láminas.*
300 Javier Martínez, *Trescientos Clásicos de Historia (2014-2018)*
299 Bartolomé y Lucile Bennassar, *Seis renegados ante la Inquisición*
298 Edmundo de Amicis, *Corazón. Diario de un niño*
297 Enrique Flórez y otros, *España Sagrada. Teatro geográfico-histórico de la Iglesia de España.*
296 Ángel Ossorio, *Historia del pensamiento político catalán durante la guerra… (1793-1795)*
295 Rafael Altamira, *Psicología del pueblo español*
294 Julián Ribera, *La supresión de los exámenes*
293 Gonzalo Fernández de Oviedo, *Relación de lo sucedido en la prisión del rey de Francia...*
292 Juan de Oznaya, *Historia de la guerra de Lombardía, batalla de Pavía y prisión del rey...*
291 Ángel Pestaña, *Setenta días en Rusia. Lo que yo vi*
290 Antonio Tovar, *El Imperio de España*
289 Antonio Royo Villanova, *El problema catalán y otros textos sobre el nacionalismo*
288 Antonio Rovira y Virgili, *El nacionalismo catalán. Su aspecto político...*
287 José del Campillo, *Lo que hay de más y de menos en España, para que sea lo que debe ser...*
286 Miguel Serviá († 1574): *Relación de los sucesos del armada de la Santa Liga...*
285 Benito Jerónimo Feijoo, *Historia, patrias, naciones y España*
284 Enrique de Jesús Ochoa, *Los Cristeros del Volcán de Colima*
283 Henry David Thoreau, *La desobediencia civil*
282 *Tratados internacionales del siglo XVII. El fin de la hegemonía hispánica*
281 Guillermo de Poitiers, *Los hechos de Guillermo, duque de los normandos y rey de los anglos*
280 Indalecio Prieto, *Artículos de guerra*
279 Francisco Franco, *Discursos y declaraciones en la Guerra Civil*
278 Vladimir Illich (Lenin), *La Gran Guerra y la Revolución. Textos 1914-1917*
277 Jaime I el Conquistador, *Libro de sus hechos*
276 Jerónimo de Blancas, *Comentario de las cosas de Aragón*
275 Emile Verhaeren y Darío de Regoyos, *España Negra*
274 Francisco de Quevedo, *España defendida y los tiempos de ahora*
273 Miguel de Unamuno, *Artículos republicanos*
272 *Fuero Juzgo o Libro de los Jueces*
271 Francisco Navarro Villoslada, *Amaya o los vascos en el siglo VIII*
270 Pompeyo Gener, *Cosas de España (Herejías nacionales y El renacimiento de Cataluña)*
269 Homero, *La Odisea*
268 Sancho Ramírez, *El primitivo Fuero de Jaca*
267 Juan I de Inglaterra, *La Carta Magna*

266 *El orden público en las Cortes de 1936*
265 Homero, *La Ilíada*
264 Manuel Chaves Nogales, *Crónicas de la revolución de Asturias*
263 Felipe II, *Cartas a sus hijas desde Portugal*
262 Louis-Prosper Gachard, *Don Carlos y Felipe II*
261 *Felipe II rey de Inglaterra, documentos*
260 Pedro de Rivadeneira, *Historia eclesiástica del cisma de Inglaterra*
259 Real Academia Española, *Diccionario de Autoridades* (6 tomos)
258 Joaquin Pedro de Oliveira Martins, *Historia de la civilización ibérica*
257 Pedro Antonio de Alarcón, *Historietas nacionales*
256 Sergei Nechaiev, *Catecismo del revolucionario*
255 Álvar Núñez Cabeza de Vaca, *Naufragios y Comentarios*
254 Diego de Torres Villarroel, *Vida, ascendencia, nacimiento, crianza y aventuras*
253 *¿Qué va a pasar en España? Dossier en el diario* Ahora *del 16 de febrero de 1934*
252 Juan de Mariana, *Tratado sobre los juegos públicos*
251 Gonzalo de Illescas, *Jornada de Carlos V a Túnez*
250 Gilbert Keith Chesterton, *La esfera y la cruz*
249 José Antonio Primo de Rivera, *Discursos y otros textos*
248 *Citas del Presidente Mao Tse-Tung (El Libro Rojo)*
247 Luis de Ávila y Zúñiga, *Comentario de la guerra de Alemania… en el año de 1546 y 1547.*
246 José María de Pereda, *Pedro Sánchez*
245 Pío XI, *Ante la situación social y política (1926-1937)*
244 Herbert Spencer, *El individuo contra el Estado*
243 Baltasar Gracián, *El Criticón*
242 Pascual Madoz, *Diccionario geográfico-estadístico-histórico de España...* (16 tomos)
241 Benito Pérez Galdós, *Episodios Nacionales* (5 tomos)
240 Andrés Giménez Soler, *Don Jaime de Aragón último conde de Urgel*
239 Juan Luis Vives, *Tratado del socorro de los pobres*
238 Cornelio Nepote, *Vidas de los varones ilustres*
237 Zacarías García Villada, *Paleografía española* (2 tomos)
236 Platón, *Las Leyes*
235 Baltasar Gracián. *El Político Don Fernando el Católico*
234 León XIII, *Rerum Novarum*
233 Cayo Julio César, *Comentarios de la Guerra Civil*
232 Juan Luis Vives, *Diálogos o Linguæ latinæ exercitatio*
231 Melchor Cano, *Consulta y parecer sobre la guerra al Papa*
230 William Morris, *Noticias de Ninguna Parte, o una era de reposo*
229 *Concilio III de Toledo*
228 Julián Ribera, *La enseñanza entre los musulmanes españoles*
227 Cristóbal Colón, *La Carta de 1493*
226 Enrique Cock, *Jornada de Tarazona hecha por Felipe II en 1592*
225 José Echegaray, *Recuerdos*
224 Aurelio Prudencio Clemente, *Peristephanon o Libro de las Coronas*
223 Hernando del Pulgar, *Claros varones de Castilla*
222 Francisco Pi y Margall, *La República de 1873. Apuntes para escribir su historia*
221 *El Corán*
220 José de Espronceda, *El ministerio Mendizábal, y otros escritos políticos*
219 Alexander Hamilton, James Madison y John Jay, *El Federalista*
218 Charles F. Lummis, *Los exploradores españoles del siglo XVI*
217 Atanasio de Alejandría, *Vida de Antonio*

216 Muhammad Ibn al-Qutiyya (Abenalcotía): *Historia de la conquista de Al-Andalus*
215 *Textos de Historia de España*
214 Julián Ribera, *Bibliófilos y bibliotecas en la España musulmana*
213 León de Arroyal, *Pan y toros. Oración apologética en defensa del estado... de España*
212 Juan Pablo Forner, *Oración apologética por la España y su mérito literario*
211 Nicolás Masson de Morvilliers, *España (dos versiones)*
210 *Los filósofos presocráticos. Fragmentos y referencias (siglos VI-V a. de C.)*
209 José Gutiérrez Solana, *La España negra*
208 Francisco Pi y Margall, *Las nacionalidades*
207 Isidro Gomá, *Apología de la Hispanidad*
206 Étienne Cabet, *Viaje por Icaria*
205 Gregorio Magno, *Vida de san Benito abad*
204 Lord Bolingbroke (Henry St. John), *Idea de un rey patriota*
203 Marco Tulio Cicerón, *El sueño de Escipión*
202 *Constituciones y leyes fundamentales de la España contemporánea*
201 Jerónimo Zurita, *Anales de la Corona de Aragón* (4 tomos)
200 Soto, Sepúlveda y Las Casas, *Controversia de Valladolid*
199 Juan Ginés de Sepúlveda, *Demócrates segundo, o… de la guerra contra los indios.*
198 Francisco Noël Graco Babeuf, *Del Tribuno del Pueblo y otros escritos*
197 Manuel José Quintana, *Vidas de los españoles célebres*
196 Francis Bacon, *La Nueva Atlántida*
195 Alfonso X el Sabio, *Estoria de Espanna*
194 Platón, *Critias o la Atlántida*
193 Tommaso Campanella, *La ciudad del sol*
192 Ibn Battuta, *Breve viaje por Andalucía en el siglo XIV*
191 Edmund Burke, *Reflexiones sobre la revolución de Francia*
190 Tomás Moro, *Utopía*
189 Nicolás de Condorcet, *Compendio de La riqueza de las naciones de Adam Smith*
188 Gaspar Melchor de Jovellanos, *Informe sobre la ley agraria*
187 Cayo Veleyo Patérculo, *Historia Romana*
186 José Ortega y Gasset, *La rebelión de las masas*
185 José García Mercadal, *Estudiantes, sopistas y pícaros*
184 Diego de Saavedra Fajardo, *Idea de un príncipe político cristiano*
183 Emmanuel-Joseph Sieyès, *¿Qué es el Tercer Estado?*
182 Publio Cornelio Tácito, *La vida de Julio Agrícola*
181 Abū Abd Allāh Muhammad al-Idrīsī, *Descripción de la Península Ibérica*
180 José García Mercadal, *España vista por los extranjeros*
179 Platón, *La república*
178 Juan de Gortz, *Embajada del emperador de Alemania al califa de Córdoba*
177 Ramón Menéndez Pidal, *Idea imperial de Carlos V*
176 Dante Alighieri, *La monarquía*
175 Francisco de Vitoria, *Relecciones sobre las potestades civil y ecl., las Indias, y la guerra*
174 Alonso Sánchez y José de Acosta, *Debate sobre la guerra contra China*
173 Aristóteles, *La política*
172 Georges Sorel, *Reflexiones sobre la violencia*
171 Mariano José de Larra, *Artículos 1828-1837*
170 Félix José Reinoso, *Examen de los delitos de infidelidad a la patria*
169 John Locke, *Segundo tratado sobre el gobierno civil*
168 Conde de Toreno, *Historia del levantamiento, guerra y revolución de España*
167 Miguel Asín Palacios, *La escatología musulmana de la Divina Comedia*

166 José Ortega y Gasset, *España invertebrada*
165 Ángel Ganivet, *Idearium español*
164 José Mor de Fuentes, *Bosquejillo de la vida y escritos*
163 Teresa de Jesús, *Libro de la Vida*
162 Prisco de Panio, *Embajada de Maximino en la corte de Atila*
161 Luis Gonçalves da Câmara, *Autobiografía de Ignacio de Loyola*
160 Lucas Mallada y Pueyo, *Los males de la patria y la futura revolución española*
159 Martín Fernández de Navarrete, *Vida de Miguel de Cervantes Saavedra*
158 Lucas Alamán, *Historia de Méjico… hasta la época presente* (cuatro tomos)
157 Enrique Cock, *Anales del año ochenta y cinco*
156 Eutropio, *Breviario de historia romana*
155 Pedro Ordóñez de Ceballos, *Viaje del mundo*
154 Flavio Josefo, *Contra Apión. Sobre la antigüedad del pueblo judío*
153 José Cadalso, *Cartas marruecas*
152 Luis Astrana Marín, *Gobernará Lerroux*
151 Francisco López de Gómara, *Hispania victrix (Historia de las Indias y conquista de México)*
150 Rafael Altamira, *Filosofía de la historia y teoría de la civilización*
149 Zacarías García Villada, *El destino de España en la historia universal*
148 José María Blanco White, *Autobiografía*
147 *Las sublevaciones de Jaca y Cuatro Vientos en el diario ABC*
146 Juan de Palafox y Mendoza, *De la naturaleza del indio*
145 Muhammad Al-Jusaní, *Historia de los jueces de Córdoba*
144 Jonathan Swift, *Una modesta proposición*
143 *Textos reales persas de Darío I y de sus sucesores*
142 Joaquín Maurín, *Hacia la segunda revolución y otros textos*
141 Zacarías García Villada, *Metodología y crítica históricas*
140 Enrique Flórez, *De la Crónica de los reyes visigodos*
139 Cayo Salustio Crispo, *La guerra de Yugurta*
138 Bernal Díaz del Castillo, *Verdadera historia de... la conquista de la Nueva España*
137 *Medio siglo de legislación autoritaria en España (1923-1976)*
136 Sexto Aurelio Víctor, *Sobre los varones ilustres de la ciudad de Roma*
135 *Códigos de Mesopotamia*
134 Josep Pijoan, *Pancatalanismo*
133 Voltaire, *Tratado sobre la tolerancia*
132 Antonio de Capmany, *Centinela contra franceses*
131 Braulio de Zaragoza, *Vida de san Millán*
130 Jerónimo de San José, *Genio de la Historia*
129 Amiano Marcelino, *Historia del Imperio Romano del 350 al 378*
128 Jacques Bénigne Bossuet, *Discurso sobre la historia universal*
127 Apiano de Alejandría, *Las guerras ibéricas*
126 Pedro Rodríguez Campomanes, *El Periplo de Hannón ilustrado*
125 Voltaire, *La filosofía de la historia*
124 Quinto Curcio Rufo, *Historia de Alejandro Magno*
123 Rodrigo Jiménez de Rada, *Historia de las cosas de España.* Versión de Hinojosa
122 Jerónimo Borao, *Historia del alzamiento de Zaragoza en 1854*
121 Fénelon, *Carta a Luis XIV y otros textos políticos*
120 Josefa Amar y Borbón, *Discurso sobre la educación física y moral de las mujeres*
119 Jerónimo de Pasamonte, *Vida y trabajos*
118 Jerónimo Borao, *La imprenta en Zaragoza*
117 Hesíodo, *Teogonía-Los trabajos y los días*

116 Ambrosio de Morales, *Crónica General de España* (3 tomos)
115 Antonio Cánovas del Castillo, *Discursos del Ateneo*
114 *Crónica de San Juan de la Peña*
113 Cayo Julio César, *La guerra de las Galias*
112 Montesquieu, *El espíritu de las leyes*
111 Catalina de Erauso, *Historia de la monja alférez*
110 Charles Darwin, *El origen del hombre*
109 Nicolás Maquiavelo, *El príncipe*
108 Bartolomé José Gallardo, *Diccionario crítico-burlesco del... Diccionario razonado manual*
107 Justo Pérez Pastor, *Diccionario razonado manual para inteligencia de ciertos escritores*
106 Hildegarda de Bingen, *Causas y remedios. Libro de medicina compleja.*
105 Charles Darwin, *El origen de las especies*
104 Luitprando de Cremona, *Informe de su embajada a Constantinopla*
103 Paulo Álvaro, *Vida y pasión del glorioso mártir Eulogio*
102 Isidoro de Antillón, *Disertación sobre el origen de la esclavitud de los negros*
101 Antonio Alcalá Galiano, *Memorias*
100 *Sagrada Biblia* (3 tomos)
99 James George Frazer, *La rama dorada. Magia y religión*
98 Martín de Braga, *Sobre la corrección de las supersticiones rústicas*
97 Ahmad Ibn-Fath Ibn-Abirrabía, *De la descripción del modo de visitar el templo de Meca*
96 Iósif Stalin y otros, *Historia del Partido Comunista (bolchevique) de la U.R.S.S.*
95 Adolf Hitler, *Mi lucha*
94 Cayo Salustio Crispo, *La conjuración de Catilina*
93 Jean-Jacques Rousseau, *El contrato social*
92 Cayo Cornelio Tácito, *La Germania*
91 John Maynard Keynes, *Las consecuencias económicas de la paz*
90 Ernest Renan, *¿Qué es una nación?*
89 Hernán Cortés, *Cartas de relación sobre el descubrimiento y conquista de la Nueva España*
88 *Las sagas de los Groenlandeses y de Eirik el Rojo*
87 Cayo Cornelio Tácito, *Historias*
86 Pierre-Joseph Proudhon, *El principio federativo*
85 Juan de Mariana, *Tratado y discurso sobre la moneda de vellón*
84 Andrés Giménez Soler, *La Edad Media en la Corona de Aragón*
83 Marx y Engels, *Manifiesto del partido comunista*
82 Pomponio Mela, *Corografía*
81 *Crónica de Turpín (Codex Calixtinus, libro IV)*
80 Adolphe Thiers, *Historia de la Revolución Francesa* (3 tomos)
79 Procopio de Cesárea, *Historia secreta*
78 Juan Huarte de San Juan, *Examen de ingenios para las ciencias*
77 Ramiro de Maeztu, *Defensa de la Hispanidad*
76 Enrich Prat de la Riba, *La nacionalidad catalana*
75 John de Mandeville, *Libro de las maravillas del mundo*
74 Egeria, *Itinerario*
73 Francisco Pi y Margall, *La reacción y la revolución. Estudios políticos y sociales*
72 Sebastián Fernández de Medrano, *Breve descripción del Mundo*
71 Roque Barcia, *La Federación Española*
70 Alfonso de Valdés, *Diálogo de las cosas acaecidas en Roma*
69 Ibn Idari Al Marrakusi, *Historias de Al-Ándalus* (de *Al-Bayan al-Mughrib*)
68 Octavio César Augusto, *Hechos del divino Augusto*
67 José de Acosta, *Peregrinación de Bartolomé Lorenzo*

66 Diógenes Laercio, *Vidas, opiniones y sentencias de los filósofos más ilustres*
65 Julián Juderías, *La leyenda negra y la verdad histórica*
64 Rafael Altamira, *Historia de España y de la civilización española* (2 tomos)
63 Sebastián Miñano, *Diccionario biográfico de la Revolución Francesa y su época*
62 Conde de Romanones, *Notas de una vida (1868-1912)*
61 Agustín Alcaide Ibieca, *Historia de los dos sitios de Zaragoza*
60 Flavio Josefo, *Las guerras de los judíos.*
59 Lupercio Leonardo de Argensola, *Información de los sucesos de Aragón en 1590 y 1591*
58 Cayo Cornelio Tácito, *Anales*
57 Diego Hurtado de Mendoza, *Guerra de Granada*
56 Valera, Borrego y Pirala, *Continuación de la Historia de España de Lafuente* (3 tomos)
55 Geoffrey de Monmouth, *Historia de los reyes de Britania*
54 Juan de Mariana, *Del rey y de la institución de la dignidad real*
53 Francisco Manuel de Melo, *Historia de los movimientos y separación de Cataluña*
52 Paulo Orosio, *Historias contra los paganos*
51 *Historia Silense, también llamada legionense*
50 Francisco Javier Simonet, *Historia de los mozárabes de España*
49 Anton Makarenko, *Poema pedagógico*
48 *Anales Toledanos*
47 Piotr Kropotkin, *Memorias de un revolucionario*
46 George Borrow, *La Biblia en España*
45 Alonso de Contreras, *Discurso de mi vida*
44 Charles Fourier, *El falansterio*
43 José de Acosta, *Historia natural y moral de las Indias*
42 Ahmad Ibn Muhammad Al-Razi, *Crónica del moro Rasis*
41 José Godoy Alcántara, *Historia crítica de los falsos cronicones*
40 Marcelino Menéndez Pelayo, *Historia de los heterodoxos españoles* (3 tomos)
39 Alexis de Tocqueville, *Sobre la democracia en América*
38 Tito Livio, *Historia de Roma desde su fundación* (3 tomos)
37 John Reed, *Diez días que estremecieron al mundo*
36 *Guía del Peregrino (Codex Calixtinus)*
35 Jenofonte de Atenas, *Anábasis, la expedición de los diez mil*
34 Ignacio del Asso, *Historia de la Economía Política de Aragón*
33 Carlos V, *Memorias*
32 Jusepe Martínez, *Discursos practicables del nobilísimo arte de la pintura*
31 Polibio, *Historia Universal bajo la República Romana*
30 Jordanes, *Origen y gestas de los godos*
29 Plutarco, *Vidas paralelas*
28 Joaquín Costa, *Oligarquía y caciquismo como la forma actual de gobierno en España*
27 Francisco de Moncada, *Expedición de los catalanes y aragoneses contra turcos y griegos*
26 Rufus Festus Avienus, *Ora Marítima*
25 Andrés Bernáldez, *Historia de los Reyes Católicos don Fernando y doña Isabel*
24 Pedro Antonio de Alarcón, *Diario de un testigo de la guerra de África*
23 Motolinia, *Historia de los indios de la Nueva España*
22 Tucídides, *Historia de la Guerra del Peloponeso*
21 *Crónica Cesaraugustana*
20 Isidoro de Sevilla, *Crónica Universal*
19 Estrabón, *Iberia (Geografía, libro III)*
18 Juan de Biclaro, *Crónica*
17 *Crónica de Sampiro*

16 *Crónica de Alfonso III*
15 Bartolomé de Las Casas, *Brevísima relación de la destrucción de las Indias*
14 *Crónicas mozárabes del siglo VIII*
13 *Crónica Albeldense*
12 *Genealogías pirenaicas del Códice de Roda*
11 Heródoto de Halicarnaso, *Los nueve libros de Historia*
10 Cristóbal Colón, *Los cuatro viajes del almirante*
9 Howard Carter, *La tumba de Tutankhamon*
8 Sánchez-Albornoz, *Una ciudad de la España cristiana hace mil años*
7 Eginardo, *Vida del emperador Carlomagno*
6 Idacio, *Cronicón*
5 Modesto Lafuente, *Historia General de España* (9 tomos)
4 *Ajbar Machmuâ*
3 *Liber Regum*
2 Suetonio, *Vidas de los doce Césares*
1 Juan de Mariana, *Historia General de España* (3 tomos)